REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXIV — San José, Costa Rica — **1932** — Sábado 27 de Febrero — Núm. 7

Año XIII. No. 575

SUMARIO

El retorno a Darío

A propósito del último libro de A. Torres-Ríoseco

= Envío del autor =

Tras el amplio paréntesis de silencio que en torno al bardo nicaragüense se abrió apenas marchitas las violetas funerales, se inicia en la actualidad uno como resurgimiento de su obra que tiene, por el profundo interés que entraña, toda la trascendencia de una reivindicación y, a veces, el carácter de un desagravio póstumo. Púsose de moda entre los poetas de vanguardia a partir de la guerra, el prurito de desdeñar el modernismo y los principios estéticos que él comportaba. De esta seudo revisión salieron, como era de esperar, maltrechos los poetas finiseculares, y Darío, más que ninguno, por lo mismo que fué él la figura central de aquel movimiento. Mas el pueblo, con seguro instinto artístico, se les ha mantenido adicto y ama en ellos a los rapsodas geniales que supieron plasmar en magníficos poemas, sus dudas torturantes, sus ansias amorosas, sus anhelos de superación y mejoramiento en todos los órdenes, sus inquietudes frente al misterio de la vida y de la muerte y su candoroso misticismo.

Desde la muerte de Darío, la poesía americana ha evolucionado tanto, que un poeta joven de hoy tendría a menos reconocerse como discípulo o continuador suyo. Pero desdichadamente, la evolución se ha efectuado en el mismo sentido en que se orientó el modernismo en su fase inicial, es decir, hacia un arte desvinculado de la realidad circundante y de todo sentido humano. Pero a diferencia del modernismo que exaltó la personalidad y el arraigo profundamente humano que toda obra de arte debe tener, el vanguardismo alardea de cultivar la poesía pura y absolutamente deshumanizada. (Convendría que los señores poetas de vanguardia definieran lo que ellos entienden por tales zarandajas, pues, hasta ahora creíamos que el poeta se definía en sus versos, pero esta fórmula no parece ya aplicable al galimatías en voga).

Durante los dos últimos quinquenios, la **soi-disant** poesía vanguardista de nuestros países, ha vivido divorciada del sentir y de las apetencias populares, extrangulada por un heroico esfuerzo imaginista y meramente intelectual que la priva de toda posible resonancia en el alma popular, convirtiéndola en producto alquitarado y cabalístico, inaccesible al lector común. Por otra parte, nótese en toda esta labor vanguardista una actitud mimética que la envilece restándole originalidad y nervio. Nunca había nuestra América abdicado de tan servil manera sus fueros literarios. Con degradante docilidad a las pautas señaladas por los cazadores europeos de novedades y rarezas quintaesenciadas, nuestros jóvenes vates han renunciado a su condición primaria de poetas americanos y, de espaldas al medio, hanse dado a imitar, exagerándolas, todas las extravagancias y pirotecnias verbales de los corifeos parisienses. Como lógica secuela de esta traición a los ideales raciales, nos queda ese aluvión de pedantería palabrera, sin médula ideológica y sin entrañas de humanidad que se apellida a sí misma poesía de vanguardia. A título de arte deshumanizado y renovador, se ha producido en nuestra América una epidemia de garrulería insubstancial y barroca que será considerada por los críticos e historiadores del futuro como el producto degenerado de un momento de total agotamiento creador y de eclipse del genio poético de América. Hacer de la palabra un fin en sí misma en lugar de un medio o vehículo conductor de ideas y sentimientos, fué siempre un síntoma de esterilidad ideológica y el epílogo obligado de toda época de gran actividad creadora. Es posible que el actual sea un instante de decadencia para la poesía hispanoamericana; sin embargo, aun dentro de la modalidad vanguardista y a pesar de ella, podrían señalarse algunas—muy pocas—recias individualidades que desmentirían con su fuerte labor, tal hipótesis.



Rubén Darío

Pero no en balde se vulneran ciertas leyes inmanentes que en el reino del arte como en el orden cósmico, rigen y orientan la vida. Sucede con la poesía lo que con los grandes océanos: la brisa o la tempestad podrán rizar o agitar la superficie y darle proteico y hasta hermoso aspecto, mas las profundas corrientes sobre las cuales descansa la periferia permanecen inmutables y tranquilas. Así en literatura. Y todo lo que contra estos inalterables principios pretenda prevalecer podrá gozar de efímera voga, pero está irremediablemente condenado a una vida precaria y temprana muerte. El propio Darío podría ejemplificar mejor que nadie la verdad de este postulado. La falsa poesía de casi todas sus **Prosas Profanas** gozó de mucho valimento durante un instante fugaz y aún hizo gran número de prosélitos, ¿mas quién se acuerda hoy de aquellos hermosos fuegos artificiales? Los **Cantos de Vida y Esperanza**, en cambio, en los que el poeta vació entera su alma vibrante y adolorida, serán imperecederos. Y lo mismo ahora. Tras este instante de agotamiento y de delirio verbal, nuestra poesía retornará a Darío, es decir, al clasicismo, que ya no será en apariencia el mismo de antaño porque la vida, de la

cual el arte ha de ser eterno espejo, le prestará nuevos matices y cambiantes aspectos, pero arrancará del mismo ineludible venero: el alma y el corazón del hombre. Porque no lo dudemos, si el arte y, particularmente la poesía, aspiran a engendrar belleza con aliento de perennidad en lugar de los fuegos fatuos que en la actualidad se producen, tendrá que gestarse en la propia entraña del hombre y amasarse con sufrimientos, alegrías y desengaños como la vida misma. Cuando Jehová condenó a Eva a procrear con dolor, dió también la pauta que había de regir la génesis artística. Sólo el dolor es fecundo, dijo Martí, y en su entraña desgarrada ha de germinar siempre la suprema belleza.

———

El modernismo espera aún al historiador idóneo que haga su total revisión. Hasta ahora se han explorado con acierto algunos sectores, pero necesitamos el panorama de conjunto, la amplia visión colectiva que en haz luminoso enfoque sus múltiples facetas y cribe todo lo que de perecedero, arbitrario y falso había en él. Casi todos los estudios que de aquel hito poético nos quedan, adolescen de un vicio o pecado original. Generalmente hablando podrían catalogarse bajo estos dos epígrafes: panegíricos y anatematizaciones. Lo que si bien se mira, es lógico y natural, ya que todos los que del modernismo han escrito, o militaron en sus filas o actuaron como reactivos y fiscales de él. En la actualidad, sin embargo, nos hemos distanciado ya lo suficiente—lo mismo en el tiempo que en la evolución estética—para que se le pueda enjuiciar objetiva y serenamente.

———

Durante el año 1930, aparecieron tres libros importantes al estudio de Darío consagrados: **Rubén Darío, su vida y su obra** por Francisco Contreras (Agencia Mundial de Librería, París); **Rubén Darío, la vida, la obra; notas críticas** por Guillermo Díaz Plaja (Sociedad General de Publicaciones, Barcelona), y **Rubén Darío y Chile** por Raúl Silva Castro (Imprenta "La Tracción" Santiago de Chile). En 1931 se publicó una larga serie de comentarios al margen de la obra rubeniana con ocasión de reseñar los volúmenes precitados y un libro esencial en la bibliografía del gran poeta. Nos referimos al titulado **Rubén Darío —Castecismo y Americanismo**—por el poeta y crítico chileno Arturo Torres-Ríoseco, publicado por la Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts (1).

Además, en 1931 apareció también en los Estados Unidos una segunda antología de la obra de Rubén. Ya en 1928 se había publicado por la casa Macmillan una titulada **Selection from the Prose and Poetry of Rubén Darío,** prolijamente anotada y prologada por los profesores Umphrey y García Prada. Ahora la casa editora D. C. Heath y C[a] acaba de darnos **Rubén Darío, Poétic and Prose Selections,** que lleva un fino prólogo de Federico de Onís, con notas y vocabulario de los profesores Rosenberg y López de Lowther.

No creemos exagerado afirmar que el libro del señor Torres-Ríoseco constituye una de las aportaciones más fundamentales que hasta ahora se hayan hecho a la ya copiosa bibliografía dariana. Por su condición de poeta así como por la sólida cultura y el profundo estudio que de Darío y su obra ha hecho durante varios años, el señor Torres-Ríoseco estaba admirablemente preparado para darnos esta obra con que ahora enriquece la exégesis del autor de **Cantos de Vida y Esperanza.** El hecho trascendente de publicarse el libro bajo los auspicios de la más respetable y benemérita de las universidades norteamericanas, acrece su prestigio y consagra a Darío como uno de los valores clásicos de nuestra lengua. Con la aparición de esta obra, entra Rubén Darío definitivamente en el reino de los clásicos y queda internacionalmente ungido como uno de los grandes poetas de nuestra era. Gran servicio, pues, el que el señor Torres-Ríoseco ha prestado a la causa de nuestra cultura con la publicación de este excelente volumen.

Durante varios años ha estudiado Torres-Ríoseco la vida y la obra de Darío, al extremo de que, en la actualidad, dudamos que exista otro crítico que tan profundamente las conozca. De ahí el valor documental del ensayo biográfico que precede al estudio crítico de la producción rubeniana. Lo mismo en la biografía que en los capítulos que siguen, se nota el esfuerzo del autor por mantenerse dentro de la más rigurosa historicidad, constatando siempre mediante citas y notas sus más insignificantes aseveraciones. Como el propio Torres afirma, es éste "el primer esfuerzo serio para ensayar una biografía del poeta" que hasta ahora se ha hecho. En las 120 páginas de que consta esta introducción biográfica se rectifican muchos errores tradicionales y se esclarecen algunos puntos obscuros que el propio Darío no dilucidó en su **Autobiografía.** Por espacio de cinco años se ha dedicado pacientemente el autor a recoger opiniones de amigos y conocidos del poeta a fin de verificar detalles dudosos o inciertos. Con amorosa comprensión el señor Torres-Ríoseco nos lleva de la mano por los vericuetos de aquella vida andariega y atormentada, iluminando con sobrios comentarios muchos de los rincones que hasta ahora se mantenían en dudosa penumbra.

Los capítulos que siguen constituyen un denodado esfuerzo reivindicador en todos sentidos. Todo el resto del libro está consagrado a demostrar que Darío es un poeta de raza, genuinamente hispano, aunque no, precisamente, característico ni representativo. Según Torres, el genio de Darío entronca directamente con todo lo que de más auténtico y valioso existe en la poesía clásica y preclásica española, y aun para sus "innovaciones" métricas, parte de añejas formas acreditadas ya en viejos cantares de la poesía popular castellana. Por lo cual sería más propio en este caso usar los términos "renovación" o "resurrección" que "innovación", puesto que casi todas las modalidades métricas que el poeta usó, se encuentran en la poesía peninsular. El autor contradice y a la vez rectifica en estos capítulos al señor Erwin Mapes, quien en su estudio **L'influence francaise dans l'oeuvre de Rubén Darío,** (París 1925), sostiene la teoría contraria de que el poeta centroamericano se inspiró en modelos franceses para reformar la métrica hispana y, por consiguiente, no "renovó" sino "innovó". El señor Torres-Ríoseco demuestra con abundancia de citas el error de Mapes y al mismo tiempo redime la obra de Darío de tales imputaciones, reivindicando de paso su genio para nuestra raza y nuestra cultura.

No niega Torres la influencia francesa en Darío, sobre todo, en el período que va de **Azul** a **Prosas Profanas** y **Los Raros.** Pero este género de influjo reviste en él un matiz meramente artístico y cultural—es decir, general y abstracto—sin que en ningún momento llegara a dominar o disminuir la fuerte originalidad del poeta. Mas el propio Darío reaccionó contra esta tendencia exótica, y en **España Contemporánea,** en **Cantos de Vida y Esperanza** y **El Canto Errante** surge de nuevo el auténtico escritor y poeta de raza que en él alentaba.

Vienen después dos capítulos cuyas conclusiones no podemos aceptar sin ciertas reservas, pues, el esfuerzo reivindicador del autor en este caso, no consigue despejar nuestras dudas. Nos referimos a los titulados **Americanismo en la obra de Rubén Darío** y **El paisaje americano.** Aquí, como en los precedentes capítulos, Torres-Ríoseco se propone rescatar al poeta y su obra para nuestra raza y hacer de ambos un producto genuino de nuestro medio. En lo que a este aspecto de la obra rubeniana se refiere, los señores Torres y Onís coinciden, ya que el distinguido profesor de Columbia sostiene la misma teoría en el hermoso estudio precitado. Sentimos no compartir íntegramente el parecer de tan distinguidos críticos. Acaso nuestra discordancia quede reducida a cuestión de grado solamente como a continuación veremos.

No es posible negar que el paisaje de nuestras tierras americanas surge a veces en la obra rubeniana, pero hay que reconocer también que es una nota, por así decir, exótica, rara y ocasional, dentro del matiz o carácter general de su poesía. Era Darío demasiado refinado y su arte excesivamente quintaesenciado y exquisito para que nuestro paisaje y nuestro ambiente pudieran impresionarle hondamente. Por otra parte, a ello se oponían su concepto del arte, su desdén por la vida moderna, utilitaria y prosaica, así como su vida trashumante y cosmopolita que no le permitió echar raíces en ningún medio ni identificarse con ambiente particular ninguno.

Cierto que a veces surge en su poesía el motivo americano, ya espontáneo y sincero, como en su oda **A Roosevelt**—magnífica eclosión, producto de uno de

———

(1) La obra del Sr. Torres-Ríoseco es la primera de una serie que publicará el «Harvard Council on Hispano-American Studies». Este «Consejo», de reciente creación, viene realizando una encomiable labor con la publicación de sendas bibliografías de nuestros países que lo hacen acreedor a nuestra gratitud. Dirige las labores de este meritísimo grupo, el ilustre hispanista, J. D. M. Ford, de la Universidad de Harvard, y convendría que las autoridades, bibliotecarios y escritores de nuestros países colaboraran con él y facilitaran su trabajo, pues se trata de un loable empeño por difundir nuestra cultura en Norte-América. Nada podría sernos más provechoso.

los rarísimos instantes en que Darío se sintió identificado con los anhelos de su raza—en **Sinfonía en gris mayor,** en **Tarde del Trópico,** etc., ya ocasional y condicionado por motivos que nada tenían que ver con la emoción desinteresada y pura, tales el **Canto a la Argentina,** la **Oda a Mitre,** etc. Mas si exceptuamos el canto **A Roosevelt** en el que el poeta recoge un clamoroso eco de los pueblos hispanos, el paisaje, más que una verdadera motivación poética, con colorido y tipicidad americanos, es un pretexto, mejor quizás, un espejo en que el bardo proyecta su propia melancolía. Dudamos mucho que Darío **sintiera** nunca el paisaje de nuestras tierras soleadas y lujuriantes como lo sintieron en sus propios días Othón en México y Chocano en el Perú, por ejemplo, y más modernamente, Fernández Moreno, López Velarde Agustín Acosta, Silva Valdés o Préndez Saldías por nó citar sino a poetas. Por lo demás, fuera de algunas alusiones geográficas, ¿quién podría reconocer en esos esbozos grises la deslumbradora atmósfera tropical de América? Creemos que en este sentido, podemos tomar al pie de la letra el prefacio de **Cantos de Vida y Esperanza** que, en nuestra opinión, representa su verdadero testamento poético, juntamente con el autocomentario que tituló **Historia de mis libros.**

No quiere esto decir, sin embargo, que nosotros neguemos a Darío condiciones y aun carácter de poeta americano. Al contrario. Bastaría recordar el acendrado fervor con que se propuso renovar—prestigiándola—la poesía americana y la aguda conciencia que siempre tuvo de su responsabilidad estética en la evolución de nuestra poesía, para otorgarle tal prerrogativa. A mayor abundamiento, el tono elegíaco y gris de sus mejores poemas; el matiz de melancólica tristeza que como un tenue velo flota sobre casi toda su obra; la propensión a la intimidad, a la reconcentración en sí mismo; el desdén que siempre manifestó por la grandilocuencia oropelesca y palabrera; el predominio de la emoción y el sentimiento puro como elementos poéticos sobre toda otra consideración, son características esenciales que encontramos siempre en los sectores más refinados de la poesía americana, al extremo de que ellas definen a nuestros cantores más representativos. En este sentido, tiene el gran vate títulos más que suficientes para que se le considere como poeta americano auténtico y no creemos que nadie que conozca su obra, pretenda regatearle tan legítimo derecho.

Poeta americano es Darío, sin duda; mas no por un propósito o deseo consciente, ni por hallarse identificado con nuestro medio y nuestro paisaje, sino por su innata condición, por las virtudes intrínsecas de su musa y por el subconsciente influjo que la raza y el medio ejercieron en él—**malgré lui,** acaso. Darío no sintió nunca particular simpatía por nuestras cosas; al contrario, de ellas quiso distanciarse todo lo más posible y, por lo que al paisaje se refiere, había en él—como en casi todos los poetas de su momento — cierta incapacidad congénita para percibirlo. Recuérdese a Nájera, a Silva, a Martí, a Nervo, a Casal y otros que ante nuestra exuberante naturaleza permanecieron insensibles y ciegos. Es de agradecer, sin embargo, este empeñoso esfuerzo de los señores Onís y Torres-Ríoseco por redimir a Darío de los dictados de afrancesado y exótico que sobre él pesan aún, a fin de incorporarlo íntegramente al acervo de nuestra cultura; pero estimamos que en los dos capítulos que acotamos se excedió en su celo el crítico chileno y va más lejos en sus conclusiones de lo que un análisis objetivo y sereno de la obra de Darío permitiría.

Acreciendo la utilidad y el mérito del enjundioso libro del señor Torres-Ríoseco, encontramos al final una **Bibliografía** que, en nuestro sentir, es de lo más nutrido y selecto que hasta ahora se ha publicado. Además de la relación detallada de las múltiples ediciones que de los libros del poeta se han hecho, contiene esta nota bibliográfica unos ciento treinta títulos entre los cuales, no creemos aventurado afirmar, se encuentran mencionados todos los trabajos fundamentales que sobre el gran bardo se han escrito.

No ha sido nuestro propósito hacer aquí la crítica de este libro medular, sino señalar su aparición al interés de los lectores hispanos. Hemos creído oportuno, sin embargo, destacar aquellos aspectos que consideramos de mayor relieve y rectificar lo que, a nuestro parecer, constituye un error de apreciación, fácilmente explicable para todo el que conozca la posición intelectual del autor con respecto a nuestra cultura y su ardiente admiración por la obra de Darío.

Manuel Pedro González
University of California at Los Angeles.

Baladas

= Envío del autor =

La balada del hombre que había sido devorado por una fiera pésima

Cuál es el animal
más venenoso, como
saturado resumen
de todos los venenos?

No lo sabéis vosotros,
pero yó si lo sé.

Estuve, siete mil
siglos, bajo la tierra,
bajo la tierra, muerto,
por unas mordeduras.
Muerto, muerto, bien muerto.
Sí, más muerto que nunca. Sí, más muerto que nadie.

Mordiscos más lujosos
que aquellos, no sabía
que hubiese, para nuevas
mayúsculas del libro rojo de los colmillos.

El libro más humano
de todos, es el libro
rojo de los colmillos.

Oh jabalí de trapo, de lata, de cartón,
Oh jabalí gallina,
quedaron para espanta
pájaros, tus colmillos,
tus colmillos d'afuera, tus colmillos pintados.
Son otros los colmillos.

Oh víbora de cuentos más o menos probable,
quedó de tus venenos, vaga reminiscencia,
en novelas de Dumas, Renato, Catalina...
Etcétera, ya nadie podrá tenerte miedo,
chiquilla, de yo asusto,
tu asustas, él asusta, palabras conjugadas;
otros son los venenos que sólo Dios conjuga.

Calumnias, y lo matas.
Antídoto?—Ninguno.
Declínalo, si puedes.
Conjúgalo, si puedes.

Sí, más muerto que nunca, sí, más muerto que nadie.
Estas, Hamlet, no son
palabras, son graznidos
del cuervo d'Edgar Poe.

Sí, más muerto que nadie
Never more, Never more.
Sí, más muerto que nunca
Never more, Never more.

La balada del hombre que acababa de volver a nacer

Juegan con sus hermanos los cuentos de camino
cogidos de las manos, los cuentos de las Hadas
y con túnica d'hojas verdes, soy peregrino,
que va por lejanías profundas y encantadas.

El verde de las hojas, es una verde fiesta
de manos milagrosas que acaban de pintar;
y mi alma, que vivía, suspirando en la cuesta,
hoy es nueva, tan nueva, que sólo retozar

sabe, parece niño, pájaro, mariposa,
—otro yo sin nostalgias, dentro y fuera de mi—
como en día de claras transparencias, la rosa
y como en las mañanas del mundo, Noemí.

Silenciosos, lejanos y nuevos los oídos,
oyendo en el silencio, goteado rumor
de mares inefables y de barcos mecidos,
en compás gregoriano, de babor a estribor.

Florecidas las ramas y Dios en cada rama.
Eses en los caminos y Dios en cada vuelta.
El ojo con dulzura, dulcemente s'inflama.
Y con una delicia recién bañada y suelta,

voy por unos caminos, que miran reflejados,
en dormidos espejos de luces primitivas,
bajo cielos profundos, lejanos y encantados
y entre las verdes hojas d'esmeraldas esquivas.

Despues de tantos miedos nocturnos, ¡este día!
bañado en luz segunda de claridad primera,
en mis manos; doradas manzanas d'alegría
y en mis pies, un aliento febril de primavera.

Lejos de los mordiscos de l'humana palabra,
iré por los senderos, de remanso en remanso,
como ciervo de fugas rápidas, como cabra,
huraño con los hombres y con las bestias manso.

En Brujas de Flandes, etc...

A. H. Pallais

Los tres ojos de agua

= *Envío del autor* =

A Pedro Henríquez Ureña

Temprano, esta mañana, nos dispusimos a salir de Santo Domingo con ánimo de volver a ver los Tres Ojos de Agua. Los ojos de agua que desde nuestra infancia no habíamos vuelto a contemplar, pero que sabíamos perduraban claros, inmarcesiblemente claros a despecho de su vetustez de milenios, y seguían vigilantes y fijos, y acaso un poco hipnotizados de crepúsculo, en el enclaustramiento inmemorial de su limbo de sombras y de roca.

Traspuesto el último arrabal, a espalda el río Ozama y todo el campo a la cara, luego nos hallamos al raso, al Este de la ciudad. Si no erramos el rumbo, unos tres cuartos de hora de marcha por una vereda que cierra y ahoga a medias la maleza, deben ponernos en la meta que nos hemos propuesto.

Los terrones, endurecidos por el cotidiano caldeo solar, y las agrias madréporas que afloran a trechos, lastiman nuestros pies; pero el grato recobro de nuestros pensamientos favoritos, obtenido gracias a la emancipadora virtud de la soledad, nos impide darnos cuenta del maltrato, ni nos deja apenas sentir el sudor que pronto empieza a correr copioso por nuestras sienes. Y como avanzamos por la campiña adelante, los aromas silvestres estimulan el ritmo de nuestros pulmones.

Vamos recordando cómo la empresa de descender a la cueva donde duermen su diuturno sueño las zafirianas pozas que buscamos, era en otros tiempos arriesgada, casi temeraria, y cómo exigía músculos robustos y flexibilidad juvenil. Aumentaban sin duda el prestigio milyunanochesco de las grutas los peligros de su acceso. Hoy se enfila cómodamente una pasarela de recios maderos embreados — expresamente construída, nos han dicho, para facilitarle a un magnate yanqui en jira por tierras del Caribe el vertiginoso paso a las galerías subterráneas —, y en dos o tres minutos se llega a la orilla de la mayor de las pozas. Ya no es, pues, como antes, premio reservado al atrevimiento de los mozos el espectáculo fantástico del antro.

Sitiada de tupidos matojos, descubrimos al cabo, tendida a flor de tierra, la vasta oquedad promisora de alucinantes espantos. Cubre su suelo un breñal que, por lo pronto, impide columbrar las pozas mágicas. Antes de bajar a reconocer los húmedos senos de la sima, mientras descansamos unos instantes a su borde, nos damos a considerar qué cataclismo o terremoto pudo desgarrarla; mas pronto optamos por ahorrarnos nuestras ociosas presunciones y dejar, como es debido, a los graves geólogos el cuidado de formular conjeturas más probables. Luego, no sin echar de menos el picante riesgo de aquellas caladas inverosímiles de cuando éramos niños, ¿habrá que decirlo?, nos servimos de la advenediza escala.

Nos asomamos al abismo. Una hoya enorme, cuyo carácter catastrófico advertimos mejor por la pavorosa falta de brocal, sirve como de vestíbulo a todo un sistema de mazmorras naturales. Suspensos, sin poderlo remediar tornamos a cavilar sobre la originaria ruptura y el consecuente hundimiento ocurridos, en época hoy imprecisable, en este banco de antiguos arrecifes, y a forjarnos el formidable, horrísono estruendo que debió de acompañar la tremenda quiebra.

Apenas nos hemos inclinado en vilo sobre la sima, sentimos operar sobre nosotros, como un imán, la frescura adivinada de las aguas profundas. Aun no vamos por la mitad de la escala o puente, que de ambas cosas participa la pasarela ad hoc, cuando ya percibimos el bisbiseo de las caedizas gotas. ¡Desde milenios!, con inimaginable asiduidad, de los mil pezoncillos del calcáreo artesonado se desprenden, allá en la gruta máxima, hacia donde, torciendo la dirección primera, nos guían y llevan ahora los postizos peldaños. Y oyéndolas musitar pausadamente, pensamos si chismearán cuitas del agua en el zarco regazo de la poza.

Ya tocamos el fondo de la hoya, y ante nosotros vemos abrirse, sombría y medrosa, descomunal e inmensa, una caverna: nuestra imaginación, dócil a las sugestiones del paraje, dándose ya a hilar devaneos, quiere persuadirnos sea la guarida de algún erizado vestiglo. En perpetua acrobacia vital, algunas plantas rupestres, adheridas a la rugosa bóveda como incansables trapecistas, crecen invertidas en busca de aire y luz.

De repente, nuestra vista, que ha ido palpando las pétreas paredes de la boca que nos traga, como a un nuevo Jonás; nuestra vista, que acaba de hundirse en la negrura que envuelve el fondo de la gruta, cuando descendemos otro paso, recibe la helada cuchillada que nos asestan desde lejos los azules inviolados que el agua cristalina de la poza engendra al absorber la escasa luz que hasta ella llega. Y desde este momento, la grima inicial que nos causaban las rocosas fauces, cede y se desvanece ante el encanto que en nosotros ejercen los gélidos destellos azulinos.

Dejando entonces atrás el piso de la sima y la segura claridad del día, proseguimos resueltos por la servicial pasarela, recostada desde aquí en pinas rampas, siempre cuesta abajo, sobre las aristas del abrupto peñascal. Insensiblemente ingresamos en una atmósfera irreal de tenues medias tintas, pues como por ningún resquicio penetra en la gruta otra luz que la que sesgamente puede calar desde la boca, los visos que devuelve el agua se funden en un claroscuro crepuscular que flota, propicio a las visiones, sobre la tersa haz de la poza.

Involuntariamente despiértanse en nuestra memoria descabelladas reminiscencias: el decorado de ciertas partes de la Tetralogía, las inolvidables estampas de Doré en el librote aquel que de mozos hojeábamos, llenos de asombro y de temor. Luego, con incoherencia semejante a la de los descosidos episodios que se sueñan, se nos antoja que estamos en una estación del Metropolitano parisino. . . ; una estación, claro está, de estilo morisco, con techo de estalactitas, vía navegable y andenes de roca: precisamente como no la hubo ni la hay, ni seguramente la habrá jamás en la capital de Francia. Ni dejamos de sospechar que acaso nos hemos internado sin saber cuándo ni cuándo no, en la cueva de los Cuarenta Ladrones; pero, ¿sería esto posible sin haber pronunciado la consigna que le franqueó su paso a Alí-Babá? O quizá, seguimos divagando, nos hallamos en una estancia, toda alberca, del alcázar de algún olvidado califa de la Andalucía. . .

Mas todo es disparate y puro desvarío. Alado hipógrifo, o escamosa quimera, o voraz esfinge no hayamos temor de que nos salga al paso en estas resquebrajaduras de la Tierra, lueñe albergue de esquivas sombras taciturnas No es esta agua la Estigia de los antiguos griegos, ni es tampoco el Averno virgiliano. . . Ni es la argiva Lerna criadora de la hidra policéfala que sólo alcanzara abatir el heracliano brazo. No nos hallamos, junto al teutónico Rhin, en la vivienda de los hoscos Nibelungos, ni hemos bajado a los horrendos círculos de la expiación imaginados por Alighieri. No demoran aquí escurridizos gnomos, ni adormilado reposa entre las sombras ignífero dragón. Ni ululan bajo esta anchurosa bóveda espectros descarnados de irredentas ánimas atormentadas.

Nos encontramos sencillamente en una caverna del Nuevo Mundo, antillana, por la mano del Tiempo, sigiloso alarife, labrada en la ribera de la Hispaniola, la de los cartógrafos renacentistas; en una caverna que, poco más o menos como hoy la vemos, debió de existir cuando en descaminado periplo, rebotando de cala en cala a lo largo de las costas bravas de estas tierras a falta de mejor nombre más tarde apellidadas las Indias de Occidente, arribaron a esta isla las carabelas de los Descubridores, en 1492, y de fijo asimismo ya desde muchos siglos antes de su arribo. En una caverna antaño sin duda frecuentada con predilección por los aborígenes y visitada con curiosidad por los foráneos, ya pacíficos, ya conquistadores, oriundos del próximo archipiélago, aquellos pobres Caribes que Fray Bartolomé con todo su cariño no pudo preservar. En una caverna, en fin, en donde lo único congruente con que pudiéramos topar, si ello aun fuera posible, sería con una tropa de autóctonos "indios" precolombinos, una tropa de indígenas insulares, tan ajenos a nuestra ideología y a nuestras costumbres modernas como nosotros a las suyas.

Sitio, pues, exento de nexos europeos y limpio de filiaciones mediterráneas y germánicas, así clásicas como románticas; en donde cumple olvidar las creaciones del Arte y de las Letras occidentales no menos que las del Oriente, para abandonarnos íntegros, despojados de

todo blindaje y toda impedimenta culturales, a la posesión de sus ocultas enseñanzas, al influjo sutil de su clima, a la sugestiva virtud de su silencio.

———

¿Cómo expresar la rotunda delicia de la inmersión en el frescor diamantino de esta límpida linfa? ¿Cómo narrar la inaudita aventura de deslizarnos errabundos por un mundo de degradadas transparencias? O, ¿cómo evocar la experiencia fabulosa de penetrar, émulos de las moléculas luminosas, hasta el yerto corazón de calcedonias y amatistas, de zafiros y esmeraldas, de aguamarinas y crisoberilos?

Corroborados por el baño, tras nueva audaz zambullida en locas brazadas esguazamos el área de la poza por su eje mayor, observando la topografía de su seno a medida que con los ojos abiertos avanzamos bajo el agua. Tanto como lo permite la penumbra que a toda hora se agazapa en esta gruta, el rocoso fondo se nos manifiesta transflorado con sorprendente precisión merced a la diafanidad casi absoluta del agua y a la ausencia de toda lama y todo légamo. La destreza de un pescador de margaritas sería menester, juzgamos, para llegar hasta el lecho, y como no nos reconocemos aptitudes de buzo, renunciamos mal que nos pese, a intentar su exploración. El sondeo arroja aquí unos cuarenta pies.

Enigmática nos parece la infertilidad de circuito tan saciado por el continuo destilar de la bóveda. La esterilización padecida por el agua al atravesar la roca que clarificada la trasuda, ¿ocasionará que el caudal de esta poza sea igualmente adverso a la vida animal y a la vida vegetal? Con la deletérea pureza del agua, ¿colaborarán imperceptibles emanaciones mefíticas a desterrar de esta gruta toda actividad orgánica? Y puesto que la escasa evaporación no puede compensar la afluencia incesante, ¿es dable concluir que de nuevo estas aguas, que nunca rebasan su nivel habitual, tornan a filtrarse, oprimidas por su propia gravedad, hacia capas inferiores?

Lo cierto es que nada parece alentar en estos antiguos socavones, fuera de nosotros, intrusos momentáneos, a no ser los inquietos vampiros, los cuales por su afición a la soledad y a las sombras, se avienen a habitar las grietas menos húmedas. Ahora mismo, con su quebrado vuelo turbaron algunos, ominosos, la calma secular que nos rodea; calma en que la leve percusión de las gotas sobre el sordo parche de la poza desgrana breves notas frágiles, ya concomitantes, ya alternadas en síncopas discretas, articulando su monótono tañido una música de extrahumanas inflexiones quejumbrosas, ingenua y delicada.

En apartadas épocas, ¿le habrá servido esta ancha poza de agonal piscina a la juventud isleña? ¿Habrá sido líquida palestra este contenido caudal de garzos y violáceos visos? Uno como orín de la roca, criado por el humor que la penetra o que ella embebe, pone manchas ya leonadas, ya cetrinas y parduzcas, en el rugoso cielo de la bóveda.

Dilatadísima fábrica del Tiempo, nos rememora su duración infinita la maravillosa estructura de este recinto tenebroso; al paso que, por agudo contraste, nos parece aludir amonestadoramente a la fugacidad irrefrenable de la vida el lampo que hace cada gota al separarse trémula, apenas nacida, del nutricio tronco maternal para anegar su ser en los azules abismales.

———

Antes de ganar el obscuro túnel que a la mano derecha perfora esta primera gruta, si ya no es mera ilusión de un espejismo, juraríamos que vemos extenderse allende su tiniebla, entre insólita reverberación de resplandores pálidos, un acantilado polar todo cuajado de carámbanos informes. En realidad, según luego comprobamos, no es sino un amplísimo departamento de irregulares concreciones edificado, en las que no tardamos en descubrir las más peregrinas figuraciones bañadas en un místico ambiente de vislumbres sobrenaturales.

A la mano izquierda nace y se extiende por un regular espacio, allí donde termina esta sala indescriptible, una charca pantanosa de aguas pluviales estancadas, acumuladas a cielo descubierto en el hondón de otra hoya de origen semejante, a lo que parece, al de la anterior. Su profundidad alcanza unos ochenta pies, nos han dicho. Defiende su acceso un cieno aleve y homicida, en el que han perecido sin poderse valer no pocos incautos, entre el verdor falaz de encubridores y cómplices helechos.

Surcando el agua turbia y verdosa de la laguna, hirviente de gérmenes y larvas bajo el intenso estímulo solar, cerca de la opuesta margen nadan, como en las acuarelas japonesas, parejas de esquivas gallaretas; mientras encima evoluciona una escuadrilla de nerviosas libélulas atisbadas con envidia, desde el lodo ceniciente de que él mismo es un coágulo animado, por un cangrejote reumático y obeso. Al revés de la inhabitada poza y desierta gruta precedentes, en los aledaños de la prolífica charca pululan, no menos que dentro de ella, innúmeras sabandijas y criaturas palustres.

Reverberada por la próxima laguna, la luz se arrastra y sube por debajo de una especie de alero roqueño, más bajo que el suelo común de la sala, y se difunde al cabo hasta los últimos nichos y cavidades del techo. Alguno que otro haz de estalactitas se ha soldado aquí, en robusta pilastra, con su correlato haz de estalagmitas. A un lado, en un elevado relleno cuyo suelo enarena un moho terroso pero infértil puesto que nada en él germina, pudo tal vez asentarse el trono de alguna deidad terrible y misteriosa, moradora de este mítico escondrijo.

La desmesurada expansión espacial, la inverosímil iluminación indirecta, las sombrías covachuelas que abren a este apartado rincón, y mayormente el angustioso silencio del paraje, que a su desolado aspecto presta un carácter aun más aflictivo, todo aquí conspira a oprimirnos y acuitarnos. Sesteáramos aquí, y la quietud ambiente, depositándose copo a copo sobre nuestra voluntad, se asentaría en ella en manera que iríamos quedando reducidos a innoble fijeza; hasta que, vencidos de su imponderable pesadumbre, quién sabe si nos desvaneceríamos lentamente para no recobrarnos nunca más.

Considerando la extrañeza de esta cámara nos ocurren los problemáticos paisajes lunares. No lo sabemos con certeza, pero sentimos que el aire que aquí circula y que entubado por el túnel pasa luego a la primera gruta, va cargado de algún letal efluvio que pasma y suspende la vida, insensiblemente. De permanecer largo tiempo al abrigo de esta cueva, su atmósfera no tardaría en instilar en nuestro ánimo no sabemos qué somnífero nepente, y quizá amodorridos por su letárgico influjo, y arrecidos de humedad y de quietud, nos anonadaríamos en un blanco olvido del mundo.

Sobre el suelo a par que bajo el techo, con infinita paciencia, siglo tras siglo hiñe el agua alongados hitos concurrentes que en torno a su propia sepultura a un tiempo cuelga y erige porque la denoten como dobles y duraderas señales. Las filtraciones que sin tregua caen de lo alto ruedan sin ruido entre los prietos muñones calcáreos a hundirse en la poza que cruzamos anteriormente, desembocando en ella bajo el fosco túnel por donde hubimos de introducirnos a tientas hasta este postrer sótano. Plata acuñada en líquidos maravedises, como sumisas a un destino que supieran inexorable, ellas mismas se recaudan en las arcas profundas de la cueva; soterrado tesoro que avaras custodian, ya que no hirsutos enanos saltarines, densas sombras silenciarias.

Traspuesto de nuevo el recodo que forma la garganta o corredor antes transitado, reitérase nuestro asombro cuando, de vuelta a la orilla de la poza, tornamos a ponderar la amplitud desmedida de la primera gruta y el desarrollo de su bóveda, belfo de piedra que en un bostezo inacabable se dilata hacia el éter como si, golosa, la espelunca anhelara pacer las tiernas nubecillas de los prados celestes. En verdad, tal es su enormidad, que percibimos aminoradas las dimensiones reales de los peñascos amontonados en titánico desorden a sus pies. Pero ya es tiempo de abandonar esta penumbrosa gruta y, sin hacer más cala y cata en ella, desandar parte de lo andado si aun hemos de contemplar los otros ojos o pozas que completan la líquida constelación alojada en las nocturnales sombras de esta cueva.

Camino del cielo remontamos la escarpa hasta alcanzar otra vez, con el quebrado suelo de la hoya, el crudo y pleno día exterior. Desechamos ahora la pasarela para trasladarnos a una gruta opuesta, en la que se abriga otra poza, la segunda en tamaño y aquella en cuya linfa titilan los añiles y cobaltos más hermosos, los más deslumbradoramente fríos de cuantos en esta cueva pueden admirarse. Con propósito de registrarla también, hacia ella enderezamos nuestros pasos.

Trepando aquí y descolgándonos allí, insinuándonos de soslayo por entre los bejucos y las zarzas que medran en los intersticios de los desmoronados políperos, y tal vez esquivando con rápido esguince el urente contacto de alguna rama

de ortiga tropical, nos colamos penosamente a través del breñoso hondón que cercan en torno altas murallas naturales. Apremiados por lo avanzado de la hora, sólo echamos una ojeada, a lo largo, a la pozuela intermedia, oprimida en una angosta hendidura de la roca. Mucho más chica que los otros dos ojos, posee sin embargo el rasgo familiar inconfundible: la azulada transparencia con el característico cromatismo que, en gamas acordadas, comprende desde el más claro cardenillo, en los sitios menos profundos, hasta los violados más opacos de la parte honda.

Cuando ya casi hemos apurado el fragoso trecho que separa las pozas mayores, nos desviamos adrede y escalamos un poco el flanco de la cueva, que en esta parte está de musgos y menudos culantrillos tapizada, por sorber, en una pileta que allí se hace, un poco de agua pura. Y como no cesa de destilar sus isócronas gotas la estalactita que paulatinamente la alimenta, mientras de bruces apagamos nuestra sed en la conchezuela en perpetuo desbordamiento, nos acribillan la nuca perdigones de derretida-nieve. Repuestos por la breve tregua, proseguimos.

Tenemos que avanzar cada pisada con particular cautela, porque el terreno es tan hostil y caótico, que el menor descuido podría precipitarnos por un despeñadero. Ya sólo nos encubre la visión de la hialina poza un áspero peñasco que parece estar apostado aquí para guardar el paso. No poco trabajo nos cuesta sortearlo, mas cuando a fuerza de maña logramos ocupar su cresta y abarcamos con la vista todo el entreclaro ámbito de la gruta, el espontáneo, inevitable ah! de quien atónito divisa un tesoro portentoso, se escapa de nuestra garganta. Es que allá abajo como tiritando de azul, la poza palpita levemente en su roqueño caliz. Ebria de reflejos y cambiantes, nuestra ávida mirada no se cansa de seguir la refracción de los haces luminosos que, franqueadas las ingentes moles interpuestas, van a hincarse en la cristalina sobrehaz para perderse luego en la glacial hondura, entre vórtices de glaucas vibraciones.

Durante no sabemos cuantos minutos, fascinados por el mágico azulear del agua, no acertamos a apartarnos de este risco tan afanosamente conquistado. Dejando al fin el vericueto que nos ha servido de atalaya ocasional, nos acercamos a la poza por la parte donde una gavilla de retorcidas estalactitas desciende hasta llegar a empotrarse en el ácueo pavimento de pulido lapislázuli, intermitentemente rizado de ligerísimos expansivos círculos concéntricos. Sobre nuestra cabeza, abierto escotillón en la techumbre de roca que sustenta la campiña, la breve grieta de una furnia deja pasar hasta nosotros un cerúleo guiño de cielo inesperado, de cielo viejo.

Aquella agua, sin embargo, no se mueve; antes bien, considerada con detenimiento, parece estar tan rígida, tan desmayada e insensible como si ya nada existente fuese poderoso a vencer su serenidad. Ni es probable que fuerza alguna consiguiera estimularla o alcanzara impelerla, puesto que ya no la sacuden entrañadas alegrías bullidoras, ni la incitan obstáculos lejanos. Tan hondo es su reposo, que ya nada fuera eficaz a infundir en ella nueva inquietud. Nada, nada la turba ni altera su íntimo sosiego; tan tranquila está que parece inanimada.

Ni es suyo el temblor interminable que parece agitar los lívidos matices que su diapreado seno encierra. Los rayos de luz que la atraviesan son quienes tiemblan y palpitan dentro de aquella agua, impartiéndole una ilusión de vida; quienes titilan en ella con mortecino fulgor, gradualmente minorado a medida que, sin apenas cascarse, la trasverberan. Unos atolondrados rayos solares que, por penetrar en esta gruta, se tamizan entre las pensiles guirnaldas que caen al precipicio, trenzadas de sarmentosas plantas que se estiran desde el campo sobrestante y, salvando el cantil de la hoya, se descuelgan flexibles, por sus propios tallos, como curiosas de sondear la sima.

Aun más que frente a las otras pozas, aquí sentimos que esta linfa sin pulso, sin voz, sin aliento; esta linfa sin onda, ni rumor, ni dirección; esta linfa tan quieta, tan pasiva, tan inerte, está muerta. No la estremecen las caricias de la brisa, ni la individual punzada de las gotas que la acrecen la irrita. Hurgan en ella los rayos del sol como si procuraran animarla, como si intentaran despertarla, como si quisieran galvanizarla. Pero el empeño excitador, cada día renovado, es renovado cada día en vano, porque esta linfa muda, helada, inmóvil, desde hace centurias de centurias está muerta. En verdad, criptas sepulcrales son estas grutas, en donde, virginales e incorruptibles en la frígida lividez de su pureza, yacen linfas cadáveres, inmemorialmente difuntas, dentro de sus sarcófagos de roca, bajo la cárdena irradiación que de ellas mismas difluye.

Caverna milenaria: emergemos de tu solitario seno llevándonos en la retina la indeleble ofuscación de tus azules ateridos, y en el alma un poco del sobrehumano silencio que en ti se recoge. En tu desierto ámbito hemos vuelto a sentir, inopinadamente, una emoción pareja al pavor que alguna vez habíamos experimentado en las salas egipcias de los viejos Museos; allí donde, entre canopes de alabastro guardadores de vísceras intactas, en bálsamos secretos maceradas, y estáticos simulacros de pórfido y basalto, merced al patético cálculo de generaciones locamente codiciosas de perduración, nos cruzamos hoy con amojamadas momias impasibles, venidas hasta nosotros desde remotísimos días y aviadas ¡todavía! hacia el futuro... En tu umbroso asilo hemos inhalado levísimo vaho de eternidad, tónico a nuestro espíritu porque la esencia de nuestro espíritu es imperecedera, siquiera sea sofocante para la endeble contextura de nuestro pecho mortal. Y sobre todo, ¡oh caverna milenaria!, en tu callada hondura hemos recordado que, como las efímeras gotas de tus altas bóvedas, nosotros también somos hechos a brillar un breve espacio, clarificados en el filtro doloroso de la Vida, para luego caer—¿acaso no más que para tornar a depurarnos, como ellas, en venideras filtraciones dolorosas?—, los unos como los otros, unos ayer y otros mañana, en la linfa inconmovible de la Muerte...

Noviembre de 1931.

Américo Lugo Romero

Lugo Romero, hijo del conocido escritor dominicano Américo Lugo. Es un joven de vasta cultura artística y literaria; ha escrito poco hasta ahora.

Estampas

El dinero en las votaciones de los comicios

= *Colaboración directa* =

Quien pueda meditar sobre los hechos que dan estructura a la historia de una nación no se apegará jamás a los hombres que son lo transitorio. Será un analizador de valores permanentes. El hombre rara vez se libra del flujo y reflujo de los intereses personales, de clase, de partido. Estos lo arrebatan y hacen de él un impostor. Pero es difícil que un pueblo medite. De esa incapacidad se aprovecha el impostor para sus desvergüenzas y sus crímenes en daño de la vida de las naciones. Sabe que nadie pone sobre su cabeza la responsabilidad de los sucesos desgraciados.

Y cómo se cunden los pueblos de sucesos que los destruyen, que los degeneran, que los llevan al máximo de vileza! Leíamos un pasaje antiguo de la historia de Roma narrado por Plutarco y lo juzgamos digno de meditación. ¿Cómo empezó la caída de la república romana? El pasaje dice: «Tarde y muy largo tiempo después fué cuando se introdujo la corrupción y la venta, y cuando el dinero se mezcló en las votaciones de los comicios; y ya desde entonces el soborno, habiendo contaminado los tribunales y los ejércitos, impelió la ciudad hacia el despotismo, cautivando las armas al dinero, pudiéndose asegurar que tuvo mucha razón el que dijo que el primero que disolvió la república fué el que dió banquetes e hizo distribución de dinero al pueblo.»

El dinero y el hartazgo como medios de conseguir mando es el espectáculo de la antigüedad romana. Unos hombres protervos, olvidándose de que la república no podía crecer sin el soporte de conciencias limpias, extendieron la dádiva a cambio del sufragio total. Querían gobernar y envilecieron el gobierno y dieron en el sepulcro con la república.

¿No es de actualidad perenne el hecho? No murió con la república romana el dinero y el hartazgo. No murieron tampoco los hombres obstinados por coger el gobierno de los pueblos. Todo sigue presente. Por eso es saludable volver a aquella antigüedad y extraer la enseñanza. El que corrompe los hombres para hacerlos blandos a su ambición de mando está acabando con la nación. La actitud de espíritu más desgraciada en que puede verse al hombre es aquella que lo pone en espera de la dádiva. Todo en él se relaja y muere en su alma el amor por las cosas de la patria. En lo sucesivo no sabrá atender ningún deber si la dádiva no asoma. ¿Qué fin espera a un pueblo corrompido por la dádiva distribuída en las épocas electorales? La esclavitud es sin duda el mal grande que lo atisba. Ya no habrá en él respeto por las instituciones ni considerará previsora ni digna de defensa hasta el sacrificio la legislación que lo salve de muchas miserias.

La farsa revestida de legalidad va imperando en aquellas naciones en que unos hombres ambiciosos se desviven por coger mando. El pueblo sirve nada mas que para sostener las andas de una popularidad mentida. Ni se le quiere ni se le educa. Aparentemente se proclama soberano a ese pueblo. En él residen todos los poderes y el sufragio es para conferirlos al hombre de mejores métodos de gobierno. Pero es nada más que apariencia. Llega el instante de las votaciones y entonces la soberanía hay que comprarla. La dádiva despierta la popularidad. Desgraciada y sucia soberanía la que hacen residir en el pueblo los que lo halagan nada más que con fines a la conquista del sufragio. Y es que resulta sencillo mover por la mentira a los hombres. Falta en ellos la capacidad de meditación. Toda promesa tiene resonancia en sus vidas.

Mas acabar con esa credulidad del pueblo metiendo la dáviva corruptora es crimen contra la estabilidad de las naciones. El ejemplo romano sigue dando una enseñanza eterna. Un pueblo que alarga la mano a cambio del voto lleva en sí la aptitud mental y espíritual del esclavo. La conquista de su territorio por los poderes de afuera está abierta fatalmente. La conquista de sus fuentes naturales de riqueza no tiene tampoco estorbos. El extranjero que busca dominio exterior sabe que si riega dádivas, limpia el camino de la contratación fácil. Conozca que un pueblo ha corrompido su sufragio aceptando la dádiva y hará enseguida de él presa fácil. No es que necesitara dar a muchas manos alargadas. Para su conquista buscará a quienes viven del favor de la popularidad que son casi siempre los que repiten con más osadía lo de la soberanía del pueblo. Con ellos tiene la totalidad numérica. Si un pueblo les da mando, si los hace sus voceros, es porque los entiende, porque los ha puesto al nivel de sus instintos. Por ellos habla ese pueblo. De modo que a ellos es a quienes hay que atrapar cuando se trata de conseguir el petróleo, o la electricidad, o las rutas aéreas, o el suelo. Simplifica así el conquistador de afuera el trabajo. Eliminado un pueblo por letargo nada contiene la entrega.

La mezcla del dinero y del hartazgo pudrió la república romana abriendo camino al imperio. Nuestros pueblos no deben esperar un cambio de régimen político cuando interviene en el sufragio la dádiva. Se hieren cosas más profundas. Corrompido un pueblo en una función de importancia grande como la electoral, la corrupción mata enseguida en él la capacidad de vigilancia, la aspiración constante al disfrute de una patria sin ataduras, fuerte, limpia. Porque entonces será siempre el audaz, el vende patrias apestoso el que dispondrá del sufragio. A los congresos, a los senados, a las cortes, a todas las instituciones que en alguna forma tengan que intervenir en los negocios nacionales, llevará el sufragio al hombre dócil, endeble; al hombre corrompido, inescrupuloso. Y con esta pasta de traición la entrega de un país va realizándose sin ruidos ni aspavientos. Vienen unas generaciones y son educadas en el engaño del pueblo soberano. Pasan éstas y dejan a las siguientes la misma farsa. Los listos, firmes en su conducta, mantienen la superstición de esa soberanía para explotarla en los comicios. Eternizan de esta manera el gran mal de privar a un pueblo de su sentido grande de selección.

¿Cuántos habrá que no se conformen con que se mezcle el dinero y el hartazgo en las votaciones? ¿Entenderán que lo ocurrido a la república romana no quedó sepultado en el acontecimiento social y político de la antigüedad, sino que sigue metido en todos los pueblos haciendo su obra de estrago y de ruina?

Juan del Camino

Cartago y febrero del 32

Clásicos latinos

= De *Luz*, Madrid =

De Prudencio:

Salve, capullo de los mártires,
que a las puertas de la mañana
segó el perseguidor de Cristo
como el turbión rosas tempranas.
Primeras víctimas por Cristo,
tierna grey de hostias inmoladas;
sobre el ara jugáis ingenuas
con la corona y con la palma.

(Santos Inocentes. A. Laudes)

De las urbes mayores, la más grande
eres, Belén, donde se dió el milagro
que el Duque de virtudes celestiales
se produjese en ti, corporizado.
Viene hasta ti el lucero que la rueda
del sol supera en lumbre y en decoro.
Anuncia haber llegado ya a la Tierra,
en carne térrea, el Creador de todo.
Tras la estrella, los Magos, desde Oriente,
se apresuran con dones de alto precio.
Los exponen delante del pesebre:
el oro real, la mirra y el incienso.
El oro atesorado significa
que es Rey y Dios el niño. La fragancia
del incienso sabeo y de la mirra
el polvo del sepulcro nos declara.

(Epifanía. A. Laudes)

De Horacio:

A Apolo

¿Qué ruega de Apolo, en efigie,
el poeta? ¿Qué implora, si escancia
nuevo vino en el cáliz? No trigo
feraz de la opima Cerdeña,
de la ardiente Calabria los gratos
rebaños, marfil indio ni oro.
No los agros que Liris, el tácito
río roe con agua quieta.
Pode con hoz la vid de Cales
a quien Fortuna la dió. El rico
mercader que en aurina copa
vierta el vino adquirido a cambio
de siriacas mercaderías,
caras hasta a los mismos dioses,
ya que, el año, navega impune
cuátruplemente el mar Atlante.
Me alimento con aceitunas,
achicoria y malvas ligeras.
Concédeme, hijo de Latona,
que, sano y con íntegra mente,
mi acopiada parvedad goce,
que inválida vejez no arrastre
ni de la cítara carezca.

(Traducciones de *Ramón Pérez de Ayala*.)

Virgilio y Landívar

A Tamiro Miceneo, ilustre latino

Es de todo punto indudable que Landívar en la composición de su singular poema no fué a Virgilio a quien tuvo por modelo. En el poema del poeta guatemalteco no se echa de ver en nada el supremo procedimiento artístico virgiliano. Virgilio escribió sus Geórgicas con un propósito de doctrina y de enseñanza de las labores y ejercicios del campo; y sus sagaces advertencias las varía y exorna esplendorosamente con sus celebérrimos episodios de altísimo lirismo. La invocación a los dioses del campo en el exordio de la primera Geórgica; a Baco en el de la segunda; a Pales, Apolo y Pan, y el triunfo del César y del poeta en el de la tercera; el célebre epílogo de la primera, e invocación de los dioses patrios; el magnífico elogio de Italia en la segunda; la célebre por demás alabanza de la vida del campo que la termina; y el aun más célebre episodio de Orfeo y Eurídice de la cuarta, son joyas de singularísimo valor en el incomparable poema virgiliano; las Geórgicas son un poema didascálico de único artificio. El poema de Landívar por su parte, es ya del tipo descriptivo: una galería de escenas de la vida del campo, de subidísimo valor pictórico; pero desprovista ciertamente de episodios de lírica profunda o emotiva. La musa de Landívar no era patética ni arrebatada. La impresión que las Geórgicas hacen en el ánimo es la de una creación estética única en las letras: el arrebato y entusiasmo por la vida campesina; la impresión que hace la "Rusticatio" es la de una visión vivida de multitud de escenas campestres.



Rafael Landívar
Visto por *Garavito*

Así pues, el verdadero y genuino antecesor de Landívar no es Virgilio: el modelo de Landívar fué ese admirabilísimo poema latino del francés Jacobo Vanier, llamado "El Predio Rústico", dedicado a Nicolás de Lamoign Basville, "el rey del Languedoc", y entusiasmo por la vida campesina; la impresión de Luis XV; y que fué impreso en Lyon (Colonia Munatiana) por Juan R. Thurneisen en 1750. En esta misma época don Pedro Reales, el que fué Rector en Tepotzotlán por diez años, dotaba el suntuoso templo del célebre convento, de los diez riquísimos altares que aun admiramos en nuestros días; tiempos ya de la efímera gloria de Tepotzotlán en poder de la Compañía de Jesús, y de la venida de Landívar al apartamiento del monasterio. El repudio de las divinidades paganas, la división de la obra en diez y seis partes, y mil pormenores de lenguaje en vocabulario, sintaxis, prosodia y ortografía, todo esto exhibe, sin dejar lugar a duda, que fué el poema de Vanier el libro de Landívar. Y Landívar en efecto, elogia al gran latino del Languedoc en el curso de la "Rusticatio" (XIII, 23), diciendo que Vanier, con el aplauso de Apolo, se llevó para sí la corona aonia, es decir, la corona poética. La proximidad de Vanier y de Landívar es estrechísima; jesuítas ambos, y ambos viviendo en tierras gobernadas por el absolutismo borbónico, eran almas gemelas. El mundo de Virgilio era otro muy diverso; era la Italia ciudadana, viviendo la vida jurídica, bajo el principio republicano de la familia Julia; el sobrino e hijo adoptivo de C. Julio César. De tal suerte, el campesino virgiliano labra la tierra para sí (II, 459); carece de mansión suntuosa (II, 461); vive en paz y sin engaño (II, 467); es laborioso y parco (II, 472); y religioso y justo (II, 474); y ajeno y extraño a las agitaciones de la vida de la ciudad (II, 495, 502), a la discordia de las armas (II, 504); y a la matanza de hermanos (II. 510); y repite la vida de la Roma legendaria (II, 532). El prototipo del campesino virgiliano es Coricio, el viejo jardinero de Tarento (IV, 116, 148), del que Virgilio hace una pintura sin par de delicada: gloriosa.

En Landívar por su parte, el indio es el hombre conquistado, que no puede andar a caballo (Leyes de Indias, VI, I, 33); ni poseer armas, (íd. VI, 1, 13), ni aprender a fabricarlas, (íd. III, 5, 14); el servidor del colono español. El mundo de Virgilio es una patria jurídica; el de Landívar es una colonia en explotación (III, 25, 29). En Landívar el conquistador es el colono mexicano, diligente, perito, codicioso (IX 5, 6, 58, 132; X, 22; XII, 292); es el señor (II, 98; V, 98; VII, 270; VIII, 247, 267, 279); es el jefe (II 112; XI, 181, 326); el jefe rico (IX, 345; XI, 26); riquísimo aun (XI, 168); opulento (XI, 448); el conquistado es el vulgo (II, 99; VIII, 240); el vulgo sudoroso (VIII, 268); la plebe, (VII, 190; VIII, 22, 214); la ínfima plebe (VIII, 165); la turba (IX, 49). El contraste es también aparentísimo en la habitación y modo de vida; las casas de los unos son excelsas (II, 130); son la morada antigua del egregio colono (II, 214); la alta casa del ilustre colono, que domina sobre sus patios, obra de antigua fábrica, de soberbio lujo, y poblada de criados (II, 59); la plebe por su parte vive míseramente en chozas (XIII, 22); chozas que Landívar llama "mapalia" (II, 131) y "magalia" (II, 136; XII, 70,188, voces púnicas virgilianas), reducidas, estrechas y viles. Las haciendas por el contrario, son florecientes y extensas (X, 14), riquísimas (XI, 324); de 30 leguas en cuadro (X, 19); sus ganados son pingües (X, 1); de 50.000 ovejas y 12.000 cerdos (notas ad XI, 41, 325). Las haciendas de beneficio son de amplios portales, cuevas y salones (VIII, 16); y las minas mexicanas llenaron de riquezas el mundo (VII, 9); y sus mineros se consumen por el terrible trabajo (VIII, 8), que los mata en breve (VIII, 40), en menos de 15 años (VIII, 43). Se echa de ver a los "tiznados" amotinados en número de 60.000 de las minas de Guanajuato de la época. Los negros de la trata, trabajan en los ingenios con grande esfuerzo que saben resistir (IX, 30, 73); la gente se afana de día y de noche (IX, 196). Las ciudades son populosas, adornadas de elegantes casas, famosas por sus comercios, venerables por sus soberbios templos, como Oaxaca (4, 13). Y los templos son altísimos, de columnas de piedra labrada, oliendo siempre a inciensos, adornados donde quiera de oro resplandeciente (III, 41); tal parece que Landívar pensaba en el templo de Tepotzotlán, y en la munificencia de la familia Medina y Pizarro. En Landívar en suma, el campo es el latifundio del conquistador; en Virgilio, es la granja del ciudadano. Virgilio canta, delirantemente la libertad del campo y del campesino; Landívar pinta casi impasible, como cosa que es, la pobreza y miseria del pueblo (VII, 265); y admira la opulencia del colono español y de su obra.

Francisco de P. Herrasti

(De *El Universal.* México, D. F.)

Andrés Bello y Virgilio

= De *Cultura Venezolana*, Caracas =

El regreso triunfal de Don Andrés Bello, a su ciudad nativa ha coincidido con la universal glorificación de Virgilio en el segundo bimilenario de su muerte. Hombres de una misma familia espiritual, desde lo más florido de sus años Don Andrés Bello se quemó de amores por el gran poeta latino, y colgó una lámpara de oro en el templo que la cultura clásica de Roma elevó al más ilustre de sus sacerdotes.



Desde joven ganó fama Don Andrés Bello de insigne latinista. El griego, obra de su esfuerzo personal, lo aprendió después, como aprendió hasta dominarlos magistralmente, el inglés, el francés y el italiano. A su lado fué una fuente de vivo estímulo la presencia y los gustos de su compañero de juventud, Don José Luis Ramos, cuya vida, trunca y dolorosa, nos hace pensar en la que hubiera sido la suya si en 1829 hubiera vuelto a Venezuela. Sobre el dominio que ejerció Don Andrés Bello en la lengua del Lacio, sobran y son bien conocidos los testimonios. Agregaré solamente uno, del que no hablan sus biógrafos: en la obra del Padre Leturia, "La Acción Diplomática de Bolívar ante Pío VII", encontramos el siguiente elogio de nuestra escuela humanística de los comienzos del siglo pasado, al referirse a la nota enviada al Santo Panto Padre por los Comisionados de Colombia, Peñalver y Vergara: "el original se escribió en un latín fluído y clásico que honra a sus autores seglares, y juntamente a la cultura de los colegios en que se formaron". Pues bien, fué Don Andrés Bello quien redactó en Londres esa nota a que hace referencia el sabio jesuíta, como se desprende del párrafo de una carta de Peñalver al Libertador, fecha 2 de agosto de 1820 en Angostura que transcribimos: "Pocos días antes de mi salida para Londres logré que el señor Andrés Bello acabase una representación que hacía mucho tiempo estaba encargado de hacer en lengua latina para el Papa, informándole de la decadencia del culto divino en estos países, por la escasez de sacerdotes y la necesidad que tienen de Obispos, de cuyo contenido se habrá impuesto S. E. el señor Vicepresidente, por la copia que le entregué luego que llegué a esta ciudad, y el señor Vergara quedó encargado de dirigir el original al Nuncio de Su Santidad en París, para que fuese por su conducto con la seguridad a Roma".

A todo lo largo de su larga vida, como quien se para a descansar de las fatigas del camino bajo los macizos de la verdura que se le ofrecen al paso, el latín fué para Don Andrés Bello deleite y esparcimiento, cuando no tema de hondas o útiles meditaciones jurídicas, linguísticas y filosóficas. Virgilio le acompañó bajo el imperativo de la invocación dantesca, **Tu Duca, tu signore,** con menos violencia que el florentino, nunca con menos amor. Defendió Don Andrés Bello el estudio de la lengua maestra en los programas escolares, persuadido "que el verdadero medio de aventajar a los modernos era igualar a los antiguos", que son los estudios clásicos el fundamento de toda educación liberal, y que "el aprendizaje de una lengua antigua es una marcha gradual desde las más pequeñas menudencias hasta la comprensión de las más milagrosas creaciones del espíritu humano". Por esta vía arremetió contra la tendencia materialista, vieja de siglos, que no cree sino en los dictados de la fuerza, en el hecho inmediato, brutal y tangible, en el triunfo del objetivismo sobre el subjetivismo. Fué el cruzado de las humanidades en lo que en ellas tienen de permanente para el progreso intelectual de las naciones: el desinterés, la hondura cordial, el gozo de espíritu por los espacios ilímites de la idealidad.



Andrés Bello

Oleo de *Lemoine*.

No fué Bello a beber en la fuente del maestro con la desgana del escolar adocenado, que traduce línea a línea, el trozo de las Geórgicas o de la Eneida. El paisaje de Caracas es de una suave ternura virgiliana. Sus matices carecen de violencia y armonizan con los sones del caramillo de Títiro. Ninguna lectura poética ejerció sobre Don Andrés Bello la influencia del paisaje nativo en sus paseos por las orillas del Anauco y por los aledaños que adelgaza y afina la mole de la cordillera, donde emboza

Su doble cima el Avila entre nubes.

Como Virgilio poseyó Bello una heredad perdida entre las depredaciones de la guerra. Ni Mecenas ni Augusto vinieron en ayuda del caraqueño para su rescate, y cuando pasados los años la evoca en sus recuerdos, ya la vena poética no corre por su corazón con el arrullo del agua cancionera desprendida de las cumbres.

Tradujo Bello el canto V de la Eneida, cuando la musa juvenil comenzaba a colgar rosas de pasión en la entornada ventana de su novia. Se ha perdido esta traducción, de la que no tenemos sino escasas noticias. Dícese que la leyó en 1807, en un banquete ofrecido por Bolívar, a su regreso de Europa. Podemos sin embargo, con el conocimiento que hoy se tiene de la vida y la obra de Don Andrés Bello, decir que esa traducción no debió ser un calco inanimado, sino una obra plena de vida, por cuyas estrofas debió pasar el temblor sagrado, el hálito emotivo de su culto por el cantor de la grandeza romana. Su traducción debió irradiar, encendida por el amor y acendrada por el conocimiento, la luz imperecedera que inunda toda la obra de Virgilio.

En hecho de traducciones del gran poeta, no nos ha quedado sino una imitación en octavas de la Egloga segunda, despojada por Bello del sabor pagano que aun destila en la suelta versión de Fray Luis. Bello, moralista cristiano, convierte a Coridón en la joven Clori, y hace una pará frasis deliciosa:

Tirsis, habitador del Tajo umbrío,
Con el más vivo fuego a Clori amaba;
A Clori, que con rústico desvío,
Las tiernas ansias del pastor pagaba.

Los acontecimientos de 1808 rompieron el sueño virgiliano de Don Andrés Bello. El 19 de abril de 1810 había de lanzarlo por caminos que no pensó recorrer, cuando cantaba, sentado bajo un bosquecillo de "La Guía".

La verde y apacible
Ribera del Anauco...

Sainte-Beuve soñó para Virgilio una biografía ideal, es decir, una biografía llena con los rasgos puros, con la piedad, el candor y la dulzura que realzan la vida del poeta. ¡Así también habría de ser la biografía de Don Andrés Bello. Todos los actos de su vida nacen de la rectitud de su carácter, de la tranquilidad de su conciencia, de un anhelo insaciable de sabiduría balanceado por el sentimiento de filosófica renunciación, de que todo es vanidad de vanidades.

En Londres, donde lo llevó la suerte, asistió al drama de la independencia suramericana, y vió, como Virgilio en los primeros tiempos de la guerra civil, cuando Octavio y Antonio se disputaban el dominio del mundo, talados los campos, incendiadas las cosechas y dispersos o muertos los rebaños. Para comprender el dolor de Don Andrés Bello ante aquel espectáculo devastador agrandado al través de la distancia, es necesario volver los ojos a la Caracas de comienzos del siglo XIX que vió crecer su juventud. Entre los escasos bienes del monopolio de la Compañía Guipuzcoana, está el de haber hecho de la Capitanía General de Venezuela un país esencialmente agrícola. Con el comercio libre, la riqueza adquirida en la faena de los campos, aumentó considerablemente, y aparecieron los primeros refinamientos de una sociedad inclinada por instinto al lujo y al placer. Se cambiaron los viejos muebles, toscamente construídos, por los que vinieron de Inglaterra; y los viajes a Europa se ofrecieron a los jóvenes de la nobleza criolla como un incentivo de superioridad y camino para futuras empresas de orgullo y dominación. El valle de Caracas, cultivado intensivamente, era una copia de cuanto podía dar la naturaleza tropical en el grado de latitud en que se asienta la ciudad. En las casas coloniales tenidas cómodamente, el arte musical comenzaba a refinarse con la importación de los primeros clavecinos y de las arpas francesas adornadas con incrustaciones de marfil. La conversación sobre temas literarios y políticos sorprende al Barón de Humboldt, quien desde entonces meditará sobre el porvenir de Venezuela con hondas simpatías.

Esta fué la sociedad que en sus meditaciones por las orillas del Támesis sintió desaparecer Don Andrés Bello al través de ausencia triste, no acariciada por el momento con la esperanza del retorno. Era necesario que de los escombros humeantes surgiera otra vez el amor a la vida campestre, pródiga en beneficios materiales y morales. Este es el primer contacto de significación trascendental para su obra de poeta que tiene Bello con Virgilio. Las **Georgicas** nacieron de una necesidad semejante. Su grandeza estriba en que ellas fueron la expresión del alma de Roma en un momento de disgusto por la violencia del vencedor, "poema nacional que celebraba la renovación de la agricultura, inmortal himno al arado, con el cual, tanto como la espada, los romanos habían conquistado la Italia". Esta tendencia de la obra sembraba Don Andrés Bello en una simiente fructificadora.

El otro contacto fecundante le llegará por el canal de la **Eneida** empavesado como la galera con velas de púrpura de rosa que sumergió en las aguas de Accio los sueños imperialistas de Cleopatra y de Antonio. Un mundo nuevo había nacido con los últimos disparos de Ayacucho; un mundo nuevo, tan vasto en su extensión como el que se sometiera, tras de sacrificios y de congojas innumerables, al poder omnímodo de Octavio convertido en Augusto. Las hazañas de los Libertadores, su constancia, sus penas, sus viriles actitudes frente a la muerte o a la victoria, habían reunido en el mundo americano, bajo la conducta suprema de Bolívar, la hueste troyana de Eneas y sus gloriosos compañeros.

¿Cómo vaciar en un solo molde tanta sublimidad y grandeza, tantos elevados pensamientos y tantas acciones dignas de pasar a la posteridad? Esta fué la inmediata preocupación de Don Andrés Bello cuando intentó realizar su obra; tarea ardua, empeño difícil, de los que salió sólo una parte con la perfección de un bajorelieve antiguo: la **Silva a la agricultura de la Zona Tórrida**. La otra parte, titulada **Alocución a la Poesía**, abunda en sentimientos felices, en descripciones de la naturaleza americana, rotundas y armoniosas, en pinturas del carácter de sus amigos caídos en la contienda, que son del más puro acento virgiliano. La invocación a Caracas, sumida entre los escombros del terremoto, es una belleza tan cautivadora, como el relato de las penas de los troyanos hecho por Eneas a ruego de Dido, en el segundo libro del inmortal poema:

¿...Y qué diré de la ciudad que ha dado
A la sagrada lid tanto caudillo?
¡Ah que entre escombros olvidar pareces,
Turbio Catuche, tu camino usado!
¿Por qué en tu margen el rumor festivo
Calló? Do está la torre bulliciosa
Que pregonar solía,
De antorchas coronadas
La pompa augusta del solemne día?
Entre las rotas cúpulas que oyeron
Sacros ritos ayer, torpes reptiles
Anidan, y en la sala que gozosos
Banquetes vió y amores, hoy sacude
La grama del erial su infausta espiga.
Pero más bella y grande resplandeces
En tu desolación, oh patria de héroes!
Tú que, lidiando altiva en la vanguardia
De la familia de Colón, la diste
De fe constante no excedido ejemplo;
Y en tu suelo desgarrado al choque
De destructivos terremotos, pudo
Tremolarse algún tiempo la bandera
De los tiranos, en tus nobles hijos
Viviste inexpugnable de los hombres
Y de los elementos vencedora.
Renacerás, renacerás ahora;
Florecerán la paz y la abundancia
En tus talados campos; las divinas
Musas te harán favorecida estancia,
Y cubrirán de rosas tus ruinas

Bello como Virgilio vivió atormentado por un anhelo de artística perfección. En la **Silva a la Agricultura** refunde muchos de los versos de la **Alocución,** cambia adjetivos, lima, pule, hasta introducir con ella en la literatura española lo que los románticos llamarán un nuevo estremecimiento. Al pasar por su alquitara la inspiración virgiliana se hace original; su canto fué trabajado con la conciencia del artista llegado a la madurez.

También como Virgilio, Bello fué un poseedor del saber de su tiempo. Ninguna estrofa de la **Silva a la Agricultura** puede ser tachada de falta a la verdad científica o a los conceptos admitidos como tal. De aquí su carácter didáctico de poesía sabia, por sobre el que flota sin embargo una dolorosa melancolía, una sensibilidad muy suya, muy americana, que le da alas al poema. Con la Silva, la Americana entra en la literatura clásica española vestida con un ropal original, igual que una virgen india que ofrendara sus tesoros en el Templo del Sol. Con razón Menéndez Pelayo la colocó entre las cien mejores poesías líricas de nuestra lengua; lírica por las sugerencias poéticas que contiene, por el velo de tristeza que cubre las descripciones del paisaje caraqueño y los usos y costumbres del labrador venezolano; científica, en cuanto ella tiende a darnos una lección de amor a las artes de la paz, ensombrecidas por una guerra asoladora. Nada más profundamente melancólico y más acabado en la ejecución que este fragmento, en el que Bello pinta el incendio del bosque sobre cuyas cenizas se trabajará después el campo labrantío:

Adorne la ladera
El cafetal: ampare
A la tierra teobroma en la ribera
La sombra maternal de su bucare.
Aquí el verjel, allá la huerta ría...
Es ciego error de ilusa fantasía?
Ya dócil a tu voz, agricultura,
Nodriza de las gentes, la caterva
Servil armada va de corvas hoces:
Mírola ya que invade la espesura
De la floresta opaca: oigo las voces,
Siento el rumor confuso; el hierro suena,
Los golpes el lejano
Eco redobla: jime el ceibo anciano,
Que a numerosa tropa
Largo tiempo fatiga:
Batido de cien hachas, se estremece,
Estalla al fin, y rinde el ancha copa.
Huyó la fiera: deja el caro nido,
Deja la prole implume
El ave, y otro bosque no sabido
De los humanos va a buscar doliente...

¿Qué miro? alto torrente
De sonorosa llama
Corre, y sobre las áridas ruinas
De la postrada selva se derrama.
El raudo incendio a gran distancia brama,
Y el humo en negro remolino sube,
Aglomerando nube sobre nube.
Ya de lo que antes era
Verdor hermoso y fresca lozanía,

Solo difuntos troncos,
Solo cenizas quedan, monumento
De la dicha mortal, burla del viento.

Como consecuencia de su intimidad constante con Virgilio y de los rumbos tomados por su poesía, Bello tradujo de modo admirable, con el título de **La Luz,** un fragmento del poema de Delille, **Los Tres Reinos de la Naturaleza,** y otro fragmento **Los Jardines** del mismo autor. Delille fué proclamado en su tiempo el Virgilio francés, no sólo por haber vertido a la clara lengua de Racine la obra del poeta de Mantua, sino por lo que tomó del aliento virgiliano para animar sus propios versos. "En medio de todas las riquezas, dice Sainte-Beuve, y de las graves elegancias que el genio de Virgilio encierra y que él ofrece sucesivamente a quien lo sabe estudiar, existe un carácter particular al poeta, arraigado a su sensibilidad misma y ligado al momento de su aparición, que correspondía no menos a una disposición social casi universal en la época en que Delille aparecía". Ambas versiones de Bello están hechas con su sapiencia habitual, con su característico dominio de la palabra, y se recomiendan como modelos de versificación fluída y correcta. Por ellas sin duda, por el contacto asiduo y escrupuloso con un francés muy del siglo xviii, lleno de sutilezas y de amaneramientos como el de Delille, se le hizo fácil a Bello realizar el milagro de **La Oración por Todos** de Víctor Hugo. Y ya que nombramos al poeta de **Las Orientales,** no me parece del todo superfluo insinuar, como un lazo de parentesco que explicara las inclinaciones de Bello por el genio pindárico de Hugo, tan ajeno a su carácter, la reverencia, el culto que este último profesara también a la sacra memoria de Virgilio:

O Virgile! o poete! o mon maitre divin!

Cuando con los años la fuente de la inspiración se secó en Don Andrés Bello, no cesó su comercio con la intigüedad, y el derecho romano le proporcionó en su vejez horas de plácido bienestar. Por virtud de su magisterio, él siguió leyendo y explicando a Virgilio, haciendo ingeniosas comparaciones, aprendiendo todos los días algo nuevo, emocionándose con la emoción de Eneas cuando al fin pudo fijar sus penates en la tierra de su elección. ¡Cuántas veces un verso de la Eneida le recordó la patria ausente, el hogar dònde corriera dichosa su niñez, los granados familiares y el samán de la Trinidad plantado por mano esclava, y conservado por mano patricia y señoril!

Hasta la hora de su muerte, como columna de una vida ejemplar consagrada íntegramente al bien y a la belleza, Don Andrés dió constancia solemne de la comunión de su espíritu con el espíritu grave y armonioso de Virgilio: en el delirio que procedió a su trance definitivo, "se figuraba percibir en las paredes del cuarto, y en las cortinas de la cama los versos de la Iliada y de la Eneida".

Luis Correa

Caracas, noviembre, 1930.

El Gobierno de Chile y los escritores chilenos

= Envío del autor =

Así se titula una nota firmada por mi compatriota Francisco Contreras y publicada en el **Repertorio,** el 21 de noviembre de 1931. Contreras se queja de que el Gobierno del señor Ibáñez y Cía. impusiera un impuesto "que afecta a los nacionales residentes en el extranjero y del cual los escritores no están exentos". El original de esta nota fué publicado en francés, en el **Mercure de France,** con fecha 15 de octubre. Complementando la información del señor Contreras por lo que se refiere a la alta consideración que tenía el gobierno de Ibáñez con los escritores chilenos, me permito agregar lo siguiente:

1. Por orden del Dictador el Cónsul General de Chile en Nueva York, señor Feliú Hurtado, estaba encargado de recoger todos mis artículos de **Repertorio Americano** y otros periódicos, para mandarlos al Ministerio de Relaciones Exteriores de Chile.

2. En nota enviada por el Cónsul General de Chile en Nueva York al Ministerio de Relaciones Exteriores de Chile se asegura que ese consulado impidió la publicación de varios artículos míos, en contra de la dictadura, en **La Prensa** de New York.

3. En nota enviada por el Cónsul General de Chile en Nueva York al Ministerio de Relaciones Exteriores de Chile, se asegura que yo, llamado a ese consulado, prometí no escribir más en contra de la dictadura, o por lo menos suavizar mis artículos.

4. En nota enviada por el señor Félix Nieto del Río, subsecretario de Relaciones Exteriores de Ibáñez, al Consulado de Chile en San Francisco, se niega dar curso a una petición de ese consulado rogando se me envíen obras bibliográficas para preparar una Bibliografía de la Novela chilena. El señor Nieto del Río agrega su opinión individual diciendo que seguramente, yo intento atacar a Chile con los datos pedidos.

La nota 2 enviada por el señor Feliú al Ministerio de Relaciones Exteriores es falsa, por el sencillo hecho de que yo nunca colaboré en **La Prensa** de Nueva York. La nota 3 enviada por este mismo cónsul al Ministerio también es falsa, pues yo nunca he visto el rostro mortal del señor Feliú ni me honro con mantener correspondencia con ningún consulado. Evidentemente el señor Feliú ha plagiado a Gómez Carrillo que se entretenía en escribir artículos contra cierto tiranuelo centroamericano, firmados con cualquier nombre falso, y luego salía a la defensa del mismo tirano, firmando con su propio nombre. La nota 4 que ha privado a Chile de una Bibliografía, buena o mala, es sólo una actitud personal del señor Nieto del Río quien no olvida que yo no quise prestarle mi colaboración en la propaganda en contra del Perú en que él estaba empeñado en Nueva York el año 1918. El señor Nieto del Río, a sueldo del Gobierno de Chile, se extrañaba de que yo no vendiera mi pluma como lo hacía... más de un periodista. Sin embargo tuve la liberalidad de presentarle al escritor colombiano José L. Betancourt, director entonces de una Revista Latinoamericana, para que discutieran la propaganda pro Chile. Después de una solemne entrevista a la cual asistió también el Cónsul de Chile, Gustavo Munizaga, el señor Nieto habló tanto de la superioridad racial de los chilenos, del salitre y del cobre que Betancourt escribió un artículo... en contra de los patrioteros.

Me adelanto a los acontecimientos: Cuando algún diario chileno se queje de que publiquemos estas cosas fuera del país me permito recordarle que ya he enviado esta información al **Diario Ilustrado** y a **El Mercurio,** sin tener el placer de verla publicada.

Arturo Torres-Rioseco

Chicago, 1932.

Historias de Jules Renard

= De la obra *La Linterna Sorda*. Ediciones ULISES. Madrid =

LA TORMENTA

A *W. G. C. Byvanck*

Alrededor de media noche, por la ventana sin postigos, y por todas sus rendijas, la casa de techumbre de paja se llena y se vacía de relámpagos.

La vieja se levanta, enciende el quinqué, descuelga el Crucifijo, y se lo da a los dos niños, para que, acostado entre ellos, les defienda.

El viejo sigue durmiendo aparentemente, pero su mano estruja el edredón.

La vieja enciende también una linterna, para estar preparada, por si hiciese falta correr al establo de las vacas.

Después se sienta, con el rosario entre los dedos, y multiplica los signos de cruz, como si se quitase telarañas del rostro.

Recuerda historias de rayos, que incendian su memoria. A cada trueno, piensa:

—¡Ahora ha sido sobre el castillo!

—¡Oh! ¡Esta vez ha sido sobre el nogal de enfrente!

Cuando se atreve a mirar a las tinieblas, en dirección al prado, un difuso rebaño de bueyes inmovilizados blanquea irregularmente bajo las llamas cegadoras.

De repente, hay un momento de calma. Ni un relámpago más. El resto de la tormenta inútil, calla, pues allá arriba, precisamente encima de la chimenea, es seguro que se prepara el golpe definitivo.

¡Y la vieja, que olisquea ya, con la espalda encorvada, el olor a azufre; y el viejo, tieso entre sus sábanas, y los niños, abrazados, apretando a manos llenas el Crucifijo, todos esperan a que aquello caiga!

EL SEMBRADOR MODELO

A *Víctor Tissot*

El combate parecía acabado, cuando una última bala, una bala perdida, se alojó en la pierna derecha de Fabricio. Tuvo que regresar a su tierra con una pierna de madera.

Al principio mostró cierto orgullo; las primeras veces que entró en la iglesia del pueblo, golpeaba tan fuerte las losas que se le hubiese tomado por un pertiguero de gran ciudad.

Luego, una vez calmada la curiosidad, se lamentó largo tiempo, avergonzado, creyéndose inútil en lo sucesivo.

Buscó con empeño defraudado muchas veces, el modo de ser útil. Y ahora, al gozar de una modesta posición, he aquí que, sin despreciar a su pierna de carne, siente cierta predilección por la de madera.

Se alquila por el día. Le señalan un cuadro de jardín. Después ya pueden irse y dejarle actuar.

Su bolsillo derecho está lleno de judías coloradas o blancas, a elección.

Además está agujereado, no mucho ni demasiado poco.

Con paso regular, Fabricio recorre el terreno a lo largo. Su pierna de madera abre un hoyito a cada pisada. Sacude él su bolsillo agujereado. Caen unas judías. Las recubre con el pie izquierdo, y sigue.

Y mientras se gana la vida honradamente, el antiguo y bravo militar, con las manos a la espalda y la cabeza erguida, parece estarse dando simplemente un paseo higiénico.

¿QUE PASA?

A *Adrien Remacle*

Sí, ¿qué pasa? Los transeuntes se paran. No comprenden generalmente más que las cosas que quieren decir algo, y no saben ya si deben reírse o sentirse mal.

Un gran criado, con galones de oro, lleva, bien cogido del brazo, a un viejecillo a quien tiene orden de pasear correctamente, una hora, al anochecer.

Pero el viejecillo hace esfuerzos para escaparse. Querría tocar los muros, mirar los escaparates y trazar rayas, sobre las lunas, con la punta de un dedo, mojado en saliva. Sus mejillas arrugadas parecen dos tablillas, amarillentas, de escritura antigua. Su crecimiento se ha detenido hace mucho tiempo. Tiene en el blanco de sus ojos unas minúsculas puntas de látigo, rojas y el color de su pelo se ha estancado en el gris.

Tan pronto tira bruscamente del criado, intentando desviarle, como le larga un puntapié o le muerde la mano.

El criado, al que no ofende nada, ha recibido unas órdenes y sigue, rígido y seco, en línea recta, el centro de la acera.

El viejecillo coge al fin, por sorpresa, el tirador de una puerta, se agarra a él, se cuelga y lanza unos gritos agudos, de garganta estropeada, una especie de chirridos.

El criado de alta escuela le desengancha, con respetuosas precauciones, y le dice con una voz bien educada, severa y cariñosa a la vez:

—Le pido perdón por anticipado al señor, pero no tendré más remedio que decir que el señor no ha sido bueno y que se ha portado como un niño.

LOS JILGUEROS

A *Lucien Priou*

El señor Sud veía cómo los jilgueros se posaban unas veces sobre el álamo y otras tapizaban la tierra, como una bandada de flores voladoras. El deseaba, sin duda, uno de aquellos animalitos, para ponérselo en el ojal. Esperó largo rato a que estuviesen bien agrupados, indeciso en cuanto uno de ellos se separaba.

De pronto, en un acceso de ferocidad y de valentía, disparó su magnífica escopeta, volviendo la cabeza.

Cuando se recobró, su perro **Píramo,** se comía los jilgueros muertos. Otros cuantos, heridos apenas o aturdidos, escapaban de las acometidas de sus fauces. El señor Sud los recogió y se los guardó en el morral, todo orgulloso.

Así, pues, acababa de matar: gracias a él, se habían desparramado unas plumas; la tierra bebía sangre; se derramaban unos sesos blancos como una lechetrezna verrugosa. Y si, a pesar de aquellas pruebas, algún incrédulo dudaba todavía, bastaría, para convencerle, con decir a **Píramo:**

—¡Enseña la lengua!

—¡Voy a guardar el casquillo del cartucho!—se dijo el señor Sud.

Se marchó. Sentía necesidad de volver a su casa y de volcar su bolsillo delante de sus amigos reunidos.

Oía esta exclamación: "¡Buen tiro!", y contestaba, modesto: "Es usted demasiado amable; he tenido suerte. Gracias. ¡La próxima vez procuraré hacerlo mejor!"

Se acarició la barba, como hacía siempre en los momentos de alegría. Nunca la había sentido tan flexible. La levantaba muy alta, cogiéndola por las dos puntas, y después la dejaba caer otra vez, extendiendo toda su nieve sobre su pecho varonil. Los jilgueros se movieron. El señor Sud cogió uno, con mucho cuidado, y lo examinó para ver cómo era.

El jilguero tenía la cabeza roja y las alas amarillas y morenas; una de ellas colgaba, rota. La movilidad de su pico y de sus ojos era el único signo de su fino sufrimiento. Pero una observación, sobre todo, chocó al señor Sud. Aquel ser en miniatura no le hacía el efecto de una "pieza de caza". Parecíale que sospechaba un frágil objeto de arte, tan perfilado, que daba la ilusión de la vida. Manoseó los jilgueros, unos tras otros, y todos le turbaron con su leve espanto. Se vió avergonzado, y no ya triunfador, ante las miradas de sus amigos, y oyó las risas estrepitosas de las pizpiretas chiquillas, mujeres ya por el don de mofarse.

—Sí—se dijo—, ¡buen tiro! ¡Qué vergüenza!

Aminoró el paso. En aquel momento, el jilguero que tenía en su mano voló, vaciló un poco en el aire, asombrado de sentirse libre, y desapareció. Aquella travesura regocijó al señor Sud.

—¡Ese no estaba muy mal!—dijo—. ¡Los otros le imitarán, quizás!

Los sostuvo encaramados en la punta de su dedo, por turno, con palabras alentadoras. Pero, incapaces ya de levantar el vuelo volvieron a caer en el hueco de la mano.

—¿Qué haría yo con ellos?—se preguntó el señor Sud.

No pensó ni por un momento en criarlos, en una jaula bien cuidada.

Se aseguró de que nadie podría sorprenderle; sintió no estar detrás de una puerta, con el cerrojo echado, y dejó caer delicadamente los jilgueros en la orilla del río. La corriente, felina, los atrapó; ató, como con un hilo, sus alas apenas palpitantes, y se los llevó. Realmente, murieron ahogados sin haber luchado, como moscas.

—¿Ves?—dijo el señor Sud a **Píramo**—. Prefiero, decididamente, la pesca a la caza. Los peces no parecen animales. No tienen ni pelo ni plumas, y mueren por sí solos, cuando quieren, sobre la hierba, en un rincón sin que se ocupen de ellos. ¡Basta de carnicería! ¡Desde

mañana pescaremos! ¡Tú llevarás la red!

A continuación, el señor Sud tiró el casquillo del cartucho, menos importante ahora que una colilla apagada, y como su pantalón de pana gris estaba manchado de sangre, mojó en el agua su pañuelo, ¡y se esforzó—como un criminal—en lavar y en frotar las gotas rojas, que reaparecían siempre!

LA PARTIDA DEL SILENCIO

A *Louis Dumur*

Han tomado la sopa y la carne. La madre quita la mesa, la traslada muy cerca de la estufa, para el padre, y la hija coloca sobre ella la lámpara. El hijo elige en el cajón un leño. Las mujeres cogen su labor y el padre su periódico. Las agujas muerden la tela. El periódico va y viene entre los dedos, con pausas. La estufa ronca, como debe ser, pues su puertecilla está entreabierta y el hijo la vigila. No se oye el tic-tac de un reloj: no hay reloj; pero un perol silba como una nariz atascada.

¿Están todos?

¡Ah! La madre se olvidaba de subir, de una vez para siempre, la mecha de la lámpara, y de bajar la pantalla, que es azul.

¡Bueno, chist! Y de ocho a diez, con los labios apretados, los ojos apagados, los oídos dormidos ya, en suspenso su vida, toda la familia, para saber quién callará mejor, juega, sin hacer el menor ruido, su diaria partida de silencio.

CINTITA, LA LOCA

El Cristo castigado

Al pasar al pie de la cruz, erigida en las afueras del pueblo y que parece defenderle de una sorpresa, Cintita, la loca, ve que el Cristo se ha caído.

Sin duda, esta noche, el vendaval le ha desclavado, tirándole al suelo.

Cintita se santigua y levanta el Cristo, tomando precauciones, como con una persona que vive todavía. No puede dejarle completamente solo, al borde de la carretera.

Además, se ha hecho daño en su caída y le faltan unos dedos.

—Voy a llevar el Cristo al carpintero —dice ella—, para que le arregle.

Le coge piadosamente por la mitad del cuerpo y le transporta, sin correr. Pero pesa tanto, que se escurre entre sus brazos y tiene que volver a subirle, con frecuencia, de una violenta sacudida.

Y cada vez que lo hace, los clavos, que atraviesan los pies del Cristo, se enganchan en la falda de Cintita y la levantan un poco, descubriendo sus piernas.

—¡Queréis estaros quieto, Señor!—le dice ella.

Y Cintita, alma cándida, da en las mejillas del Cristo unas leves palmaditas, delicadamente, con respeto.

El niño de nieve

Nieva, y por las calles, con la cabeza al aire, Cintita, la loca, corre desatinada. Juega ella sola; coge, al vuelo, moscas blancas con sus manos amoratadas; saca la lengua, sobre la cual se disuelve una ligera pastilla, que se saborea apenas, y con la punta del dedo traza palotes y redondeles sobre el mantel deslumbrante.

Un poco más allá, adivina Cintita que aquella estrella ha caído de una pata de pájaro; esa grande, de una pata de ganso, y esa otra, desconocida, de los cielos, tal vez.

En una ocasión, las suelas, que la levantaban hasta las chozas y la daban vértigo, se desprenden. La muchacha se desploma y permanece largo rato en el suelo, tumbada en cruz, muy quietecita, mientras se va moldeando su retrato.

Luego se hace un niño de nieve.

Tiene éste unos miembros retorcidos y encogidos por el frío. Tiene unos ojos huecos; en la nariz un solo agujero, que vale por dos; una boca desdentada, y un cráneo sin pelo, porque el pelo y los dientes son demasiado difíciles.

—¡Pobrecito!—dice Cintita.

Le estrecha contra su corazón; le mece, silbando, y, en cuanto se derrite un poco la nieve, le cambia de ropa, de prisa, haciéndole rodar maternalmente sobre la nieve fresca, para envolverle en unos pañales limpios.

Cintita, se pierde

Cintita sale, si se le antoja; va adonde quiere, y su inocencia la protege. Anda de prisa, no se pasea, parece huir siempre.

Esta mañana, como ha salido de su casa hace una hora, se detiene y dice:

—¡Dios mío! ¡Me he perdido!

Mira, reflexiona, se orienta, turbada.

El campo desaparece bajo la nieve. Los árboles muestran sus ramas cargadas de ella; diríase que ese de ahí se ha vestido como un viajero que espera la diligencia. Pero Cintita ve sobre la nieve sus propias huellas, muy recientes, y se le ocurre la idea de seguirse, para encontrarse.

Unas veces coloca ella suavemente sus pies en el hueco de sus pasos, y si otras huellas se cruzan con las suyas, se baja y las separa y arregla; y otras veces corre, jadeante, como si llevase una manada de lobos a su zaga.

Cuando llega al pueblo y reconoce su casa entre las masas agazapadas:

—He debido volver, sencillamente—piensa ella.

Ya no se da prisa. Respira, se desprende de su inquietud como de un mantón demasiado pesado sobre sus hombros, empuja la puerta y dice, con el corazón tranquilizado:

—Ya lo sabía yo: ¡aquí estoy!

La varita

Cintita da vueltas a una varita entre sus dedos, la araña con sus uñas, la muerde con los dientes, la despoja de su corteza. Se adelanta por la carretera y dice a los árboles:

—Ya sabéis que me caso hoy. Os lo digo de verdad. El me quiere, y le espero.

Les sonríe a derecha y a izquierda, y ensaya la ceremonia.

De pronto, una voz, que sale de los árboles, la ordena:

—Quítate el gorro, Cintita.

Vacila ella: mira a los árboles, de los que brota un hálito, y pregunta, temblando:

—¿Es usted, de verdad?

—Sí, Cintita; quítate el gorro.

Confiada, tira ella su gorro, como ha tirado ya las hojas de su varita.

—Quítate la blusa, Cintita.

Ella obedece y tira su blusa, como ha tirado las ramitas de su varita.

—Quítate la falda, Cintita.

Va ella a desatar con una mano los cordones, pero ve en su otra mano la varita, sin corteza, toda desnuda, y volviendo en sí de pronto, Cintita recoge púdicamente su gorro y su blusa, y huye lejos del libertino, que quería engañarla una vez más y que se ríe, escondido detrás de los árboles.

LA TORMENTA

La prima Anita ha hecho dos agujeros en la parte baja de su puerta: uno para que pase el gato, y otro, para que salga el rayo. El del rayo es más pequeño, porque ella sabe que el rayo es muy capaz, si quiere, de ensartar una perla.

Verdad es que la sequía dura desde hace mucho tiempo, que nos falta el agua y que con esta tormenta tendremos un poco en los pozos. Pero, por una gota de agua sobre nuestros labios y nuestras legumbres, ¡qué angustias!

Si observo la casa cuando hace sol, si la mido con la mirada y estudio el sitio que ocupa en el pueblo, me digo: "El rayo caería más bien sobre mis vecinos".

Pero en cuanto se aproxima la tormenta, olvido las casas de los demás y comprendo perfectamente que el rayo no puede caer más que sobre la mía.

¡Oh, ese cielo angustioso! Cuando era yo pequeño, las nubes pasaban más próximas a la tierra. Estoy seguro de que mis nervios echan chispas.

¡Qué viento! Los perros huyen de lado, con el rabo casi delante, y las gallinas ruedan como sombrillas vueltas.

No basta con meterse los dedos hasta el fondo de los oídos: hay que procurar no pensar, porque ciertos pensamientos atraen el rayo.

¡Qué magnífica colección de rayos! Es el parpadeo de un negro, es el panadero que abre y cierra de repente la puerta del horno, es el arma blanca que raja al enemigo de arriba abajo.

Algunos, breves, chisporrotean apenas, como un mosquito que cae sobre la llama de una vela, y otros rayan el cielo entero, interminables y caprichosos, como firmas de grandes hombres.

¡Buena puntería, rayo de Dios!

El cielo queda aplastado, por un instante. Pero nuestro orgullo se vuelve a alzar en seguida. He aquí un sol nuevo. Los gallos (¿quién se ha imaginado el efecto de una tormenta en una cabeza de gallo?) cantan victoria y toda nuestra alma se airea. Volvamos a intimar con Dios: acércate, querida; ahora podemos ya darnos una buena panzada de amor.

Jules Renard

Mi respuesta a los patriotas

= Envío de *Adolfo Ortega Díaz* =

Mis amigos me han dicho: "Tú que eres sereno, tú que ves las cosas con los ojos adormilados, tú que estás siempre en la tierra del ensueño, en ese mundo irreal a donde los golpes de la marea de aquí abajo no llegan, por lo mismo, por eso, tú debes dar tu opinión en estos momentos en que la patria se encuentra en la indecisión. Apunta tu microscopio y dínos qué ves y cómo lo ves, de algo ha de servirnos, hazlo por patriotismo, dígnate pisar con tus plantas la tierra firme, siquiera por una vez"... Y se han echado a reir. Conozco en su manera, que lo han dicho en parte como burla amistosa, con el cariño que infunden los locos pacíficos, en parte en serio y es por ello que yo me he quedado perplejo y me he sentido luego como incomprendido, tenido como un ser vago e inútil, de un mundo problemático. Y me he indignado en mi dignidad de hombre y he alzado mi grito de protesta, como la voz en el desierto escribiendo esta respuesta a los patriotas sin nombre...

Yo no tengo patria, yo no sé qué es patria. ¿A qué llamáis patria vosotros los hombres entendidos por **prácticos?** Sé que entendéis por patria un conjunto de leyes, una maquinaria de administración, un parche en un mapa de colores chillones. Vosotros los **prácticos** llamáis a eso patria. Yo el iluso no tengo patria, no tengo patria pero tengo terruño (de tierra, cosa palpable). No tengo El Salvador (catorce secciones en un trozo de papel satinado); tengo Cuscatlán, una región del mundo y no una nación (cosa vaga). Yo amo a Cuscatlán. Mientras vosotros habláis de la Constitución, yo canto a la tierra y la raza: La tierra que se esponja y fructifica, la raza de soñadores creadores que sin discutir labran el suelo, modelan la **tinaja**, tejen el **perraje** y abren el camino. Raza de artistas como yo, artista quiere decir hacedor, creador, modelador de formas (cosa práctica) y también comprendedor. La mayor parte de vosotros se dedica en su patriotismo, a pelearse por si tienen o no derecho, por si es o no constitucional, por si será fulano o zutano, por si conviene un ismo u otro a la prosperidad de la nación. La prosperidad es para vosotros el tenerlo todo, menos la tierra en su sentido maternal. Capitalistas embrutecidos, perezosos y bribones muestran sus caras abotagadas y crueles a no menos crueles comunistas pedigüeños, sórdidos y rapaces. Mientras estos dos bandos en todos sus grados de intensidad se gruñen unos a otros, nosotros los soñadores no pedimos nada porque todo lo tenemos. Ellos se arrebatan las cáscaras y nos dejan la pulpa. "El pan es mío, todo mío, dejadme vender el pan", gritan unos: "No", dicen los otros: "Tenemos hambre y el pan es nuestro, porque la tierra es nuestra"... Mientras nosotros los soñadores, sin que nadie se oponga, hacemos crecer la espiga embelleciendo el paisaje, gozamos la música del maizal que sonríe en la brisa, recogemos cantando la mazorca y dejamos el comerla a **tarascadas** a los puercos. El cafetalero es un pedante que habla del **mercado,** de la **baja,** del **alza,** cuenta **pisto** agachado sobre las mesas, husmea costales y no ha estado nunca tirado al fondo de un cafetal, en el misterio de las noches de luna; no nota la belleza del grano sangriento cuando resbala entre los dedos de las cortadoras cantarinas, ni conoce el aroma y la leyenda de la flor del cafeto. El azucarero no ha oído nunca el susurro consolador de los cañaverales, ni ha visto mecerse el chipuste en marejadas armoniosas. Todos ellos giran alrededor de una sola cosa: el dinero. Unos quieren ganar el quinientos por ciento y otros quieren que se les suban sus salarios. El comunista usa un botón rojo y habla de degollar, llama justicia al buen pan y buen vino bien compartido, y no ha sabido nunca del saber dar al que todo lo tiene, que es quien nada tiene. El indio del arado y la cuma que hace el paisaje agrario bajo el sol crudo, está satisfecho de hacer vivir con sus manos toscas y renegridas, manos de dios, a un pueblo entero que se entrega a una locura llamada política, que no sólo es infructuosa sino dañina. Este indio vive la tierra, es la tierra y no habla nunca de patriotismo. Ni teme al extranjero que nada puede quitarle de lo de él, a menos de quitarle la existencia.

Yo que paso en la tierra del ensueño, según vosotros, yo estoy más en el corazón de la tierra, arraigado de verdad, con raíces abajo y queriendo florear por arriba. Si la tierra de Cuscatlán se alzara un día personificada llamando a sus hijos, a mí, de los primeros me reconocería y no a los políticos y a los **istas** de esa cosa llamada **patria,** El Salvador y demás zarandajas que simbolizan con banderas y escudos y que señalan con fronteras imaginarias. No, yo no soy patriota ni quiero serlo; tengo mejor concepto de un **guineo patriota** que de un hombre patriota. A mí no me agarran ya con esas cosas respetables. Ni siquiera trabajo en **Patria,** trabajo en **Vivir,** es decir, no en la **patria** sino en la **vivienda,** terruño o **guerencia,** como diría Espino. Viviendo, sí, con sueño y todo, pero viviendo una vida real, la vida que se saborea como vino sagrado. Yo no aro ni siembro ni cosecho la tierra: oficio ante el altar y doy las gracias en nombre de los soñadores cosechando un grano invisible que desgrano de la mazorca de la vida y de la espiga de la costumbre.

¡Qué cosa es vuestra patria, que yo no la miro!... Me pedís que descienda a vuestra realidad y no sé dónde poner el pie; por todos lados encuentro arena movediza. Si yo os invito a que vengáis a mi terruño, tendréis amplio campo donde correr y sudar; podréis untaros las manos en barro fresco y llenaros el pecho de aire puro. En esa vuestra patria yo sólo respiro odio, cobardía, ambición, incomprensión.

¡Qué diera yo por traeros a esta mi tierra!... Ya los pocos que había conmigo se han marchado; me encuentro casi, casi solo. Solo con el indio contemplativo y la mujer soñadora. Ya no hay Miranda Ruanos que escriban "Las Voces del Terruño", libro que ya nadie lee; Ambrogi habla constantemente de Quiñónez; los Andino escriben "Política"; Bustamente es empleado de juzgado; Castellanos Rivas se hace Secretario Particular; Guerra Trigueros no oye más caer las estrellas en la fuente inmemorial; Julio Avila se dedica al comercio; Llerena enmudece; Gómez Campos tiene tienda, Paco Gamboa se doctora; Salvador Cañas "prepara" a sus muchachos; Masferrer ya no canta; Gavidia discute sobre el radio; Chacón hace aseguros de vida; Rochac habla de finanzas; Villacorta se queja de la Tesorería; Vicente Rosales anda en corrillos; Miguel Angel Espino es fuente seca; y en fin, me veo solo en la tierra de la realidad, apenas con un Mejía Vides que quiere ir al estero a pintar un tiempo (como Gauguin en Tahití) y un Cáceres que sueña y llora en los rincones del "Atlacatl".

Sí, qué diera yo por traeros a esta mi tierra! A esta mi tierra (que no es hipotética, como la vuestra: cerros en-

montañados, y llanos ondulantes en donde al salir el son cantan los gallos, en donde no hay Art. No. tal, sino un árbol de grata sombra; en donde no hay el inciso cuarto, sino el ojo de agua para la sed; en donde la ley de tal cosa está representada por la lluvia, por la luna o por el viento.

Lírico, sí, es verdad; pero lírico sobre el polvo de la tierra y no prosaico e insípido sobre hediondos conceptos y rancias doctrinas. Lírico bajo el cielo azul, y no sórdido bajo la losa del **ismo**.

Como me lo pedís, he pisado ya con mis plantas la tierra firme; pero la mía, no la vuestra, que no es firme ni es tierra sino humo (del feo). Lo he hecho porque me habéis obligado, porque al fin habéis conseguido distraerme de mi "éxtasis azul impráctico" y hasta habéis logrado indignarme un segundo. Sabed, de una vez por todas, que yo no tengo patria ni reconozco patria de nadie. Mi campo es más amplio que esa tajadita de absurdo que queréis darme. Mucho más amplio. Ni siquiera el mundo. Ni siquiera el Cosmos...

Salarrué

San Salvador, 21 enero 1932.

Sanín Cano y el mundo actual

= De *El Dictamen*. Veracruz, Mexico =

Buenos Aires, 30 de setiembre de 1931.

Señor don Mario Santa Cruz.

San Salvador.

Mi querido amigo:

Mil gracias por su amable carta del 26 de agosto, que encontré a mi llegada de Europa. Celebro infinito que esté usted a la cabeza de "El Tiempo". Así tendrán la libertad y las ideas una tribuna donde ejercerse y esparcirse. Sepa usted que esas tribunas se van acabando. Desapareció en Londres el "Daily News" y se eclipsó para siempre el "World", de Nueva York, donde la verdad solía salir menos deformada que en los colegas de la gran prensa. El tiempo se venga de quienes no conservaron hasta el último momento el valor necesario para continuar sirviendo a un ideal. Por todas partes la gran prensa respira afanosamente y se ve reemplazada por las hojas volátiles, llenas de monos, de figuras anónimas, sucesos pintados, como si se las preparara con el objeto de venderlas a gentes que no saben leer. En vez de educar a su público los grandes diarios se ocuparon en rebajarlo a un nivel intelectual explotable por lo **tabloides** y hoy purgan su inconsciencia o su avaricia.

Estoy preparándome para regresar a mi país a vivir alejado y tranquilo en el campo, frente a la naturaleza y al amor de los libros. Este mundo se deshace. Un viaje rápido por los principales países de Europa me ha convencido de que se prepara una transformación en todos los aspectos de la vida: en lo económico, en lo moral, en las relaciones de unos pueblos con otros. El hombre se ha modificado en forma todavía más significativa que en tiempos del Renacimiento, verbigracia; pero sus directores actuales en Europa occidental y en América no quieren darse cuenta del cambio o no lo comprenden. Tal incomprensión de su parte le está dando giro trágico a la transformación y antes de poco se verán nuevas escenas deplorables. En tanto la gran prensa de todos los países, en vez de preparar la mente de sus lectores para una vida nueva, se aferra a las viejas costumbres, continúa propagando nociones caducas y desvirtuando la realidad de hechos palpables temerosa de que la verdad sea conocida sin velos intencionados.

Por otra parte un nacionalismo tenebroso, un nacionalismo de envidias y recelos se opone, con tenacidad de beodo, al sentido económico de la civilización y exacerba los odios raciales, las competencias comerciales, no sin dificultar extremadamente las relaciones y cambios internacionales, base del llamado progreso material. Esa temeraria lucha de intereses sin freno ideológico ni cristiano, va causando la ruina de los sistemas monetarios y así como bajan la libra y el peso bajan también los valores morales, por un plano inclinado de incomprensiones y miserias.

¡Perdone el sermón!

B. Sanín Cano

Bibliografía titular

(Registro semanal, extractos y referencias de los libros y folletos que se reciban de los Autores y de las Casas editoras)

Ddooss se titula una preciosa Revista de Poesía que se edita en Valladolid. España. Nos llega el Núm. 3

Uno de sus editores, el poeta José María Luelmo, nos honra con el envío de dos libros suyos:

Inicial (1928-1929) Colección MESETA.—I. Valladolid.

Sencilla canción. Versos. Valladolid.

El tomo II de SUMMA ARTIS, la estupenda Historia General del Arte que está editando ESPASA CALPE, Madrid, nos ha llegado en estos días.

Comprende este tomo II el *Arte del Asia Occidental*. Sumeria, Babilonia, Asiria, Hititia, Fenicia, Perisa, Partia, Sasania, Escitia y es el autor José Pijoán.

No hay palabras con qué ponderar el encanto y la excelencia de esta obra, que debe usted adquirir ya.

El Instituto de las Españas en los Estados Unidos sigue en la buena labor. Editadas por Federico de Onís y Emilio de Torre, acaba de sacar la Selección I de *Canciones españolas* (Spanish Folk Songs).

P.—¿Me pueden recomendar el mejor libro sobre radiotelefonía y radiotecnia?

R.—Nosotros no podemos hablar del «mejor» libro sobre ninguna materia, sino informar sobre libros sin formular juicios críticos absolutos. Sigue teniendo aceptación entre los aficionados el de Montu, «Radiotelegrafía y Radiotelefonía», traducido del italiano y editado por E. Dossat (Madrid, plaza de Santa Ana, 9) en 1925, 516 páginas en octavo, 13 pesetas. F. Bedeau, «Cours Elementaire de Telegraphie et Telephonie sans fil» (París, lib. Vuibert, 63, boulevard Saint-Germain), 421 páginas en cuarto, 60 francos. C. Guttou, «Radiotecnia general» (en la «Enciclopedia de Electricidad», de A. Blondel), Barcelona, Salvat, editores, 1929, 599 páginas en cuarto, 38 pesetas. Doctor Carlos Stricker, «Telegrafía y Telefonía» (Barcelona, Gustavo Gili, 1928), 691 páginas en cuarto, 30 pesetas. Todas estas obras las hemos visto en el escaparate del librero citado, señor Dossat, en Madrid.

P.—¿Hay en español algún libro que explique los experimentos de Física en forma amena y aplicable a niños?

R.—Hay varios. El último que conocemos es «Ciencia recreativa», por el doctor José Estalella, segunda edición, Barcelona, Gustavo Gili, 16 pesetas. Está dividido en varias secciones (cuestiones de Aritmética, de Geometría, etc.), una de ellas, Física. Ver también «Tratado popular de Física», por Kleiber y Karsteu, traducido por Estalella, 10 pesetas, y «Recreaciones científicas», de Tissandier, 12 pesetas.

(*Crisol*, Madrid.)

A propósito de Nietzche, dice Daniel Halevy en *La vida de Federico Nietzche*, tan interesante, traduc. de Ricardo Baeza y Jorge Zalamea. Ediciones LA NAVE. Madrid, 1931:

> Estudiaba la filología, que no le interesaba, como un ejercicio para disciplinar su espíritu, para corregir sus tendencias hacia un misticismo vago, hacia la dispersión.
>
> El *Banquete* de Platon y las tragedias de Esquilo, le proporcionan sus últimos placeres...
>
> He aquí el acontecimiento que liberta su alma: en una librería hojea al azar una obra cuyo autor le es desconocido: *El Mundo como Voluntad y como Representación*, de Arturo Schopenhauer. El vigor de una frase, el resplandor preciso de una palabra, lo sorprenden. «No sé, escribe, qué demonios me susurró al oído: vuelve a tu casa con ese libro... Apenas llegado a mi habitación, abrí el tesoro que había adquirido, y comencé a dejar obrar sobre mí su enérgico y sombrío genio...»

De Nietzche a los diez y siete años:

> En este momento, me encuentro dominado por un extraordinario deseo de saber, de cultura universal. He leído a Humboldt y él es quien me ha impulsado. ¡Ojalá dure mi nueva inclinación tanto como la que me liga a la poesía!

Cortesía de los autores:

Rosa Arciniega: *Jaque-Mate*. (Panorama del siglo XX.) RENACIMIENTO, Madrid. Calle Serrano 147.

Victorio Linares (Calle Serrano 147. Banfield F. C. S, Argentina): *Más Amor y más Paisaje*. Poesías. Buenos Aires, 1931.

D. Moreno Jiménez (Apartado 881. Santo Domingo, Rep. Dominicana): *Días sin lumbre*. Poemas inéditos para el libro. Ediciones del «Día Estético», Rep. Dominicana, 1931.

Extractos y otras referencias de estas obras, se darán en ediciones próximas.

EDITOR:
J. García Monge
Correos: Letra X

REPERTORIO AMERICANO
SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Suscrición mensual, ₡2.00
EXTERIOR: (El semestre, $ 3.00 (El año, $5.00 o. am.
Giro bancario sobre Nueva York.

La lupa de Jules Renard

= De *Crisol*. Madrid. =

Hay poetas megalófilos y poetas micrófilos. Los primeros confían mucho en su visión ordinaria, pero los segundos prefieren casi siempre utilizar la lupa. Los megalófilos—frecuentemente megalómanos—suelen ver en grandes masas, muy confusas; de tanto pasear la atención por enormes construcciones, por colosales temas, acaban por ser especialistas en nubes, oleajes, vehemencias pánicas, "lejanías infinitas", en todo eso que invade a las mentes incapaces de disciplina mental y exactos cauces líricos. Los poetas de lupa son más modestos, renuncian a todo vago "panteísmo" y se atienen al honrado trabajo de contemplar el mundo, fibra a fibra. Para los megalófilos—generalmente son malos versistas—el mundo es una gran terraza donde beber un ponche de efluvios cósmicos; para los segundos es un penoso laboratorio donde contar uno por uno los artejos con los que puede cualquier menuda cosa prenderse a nuestra atención.

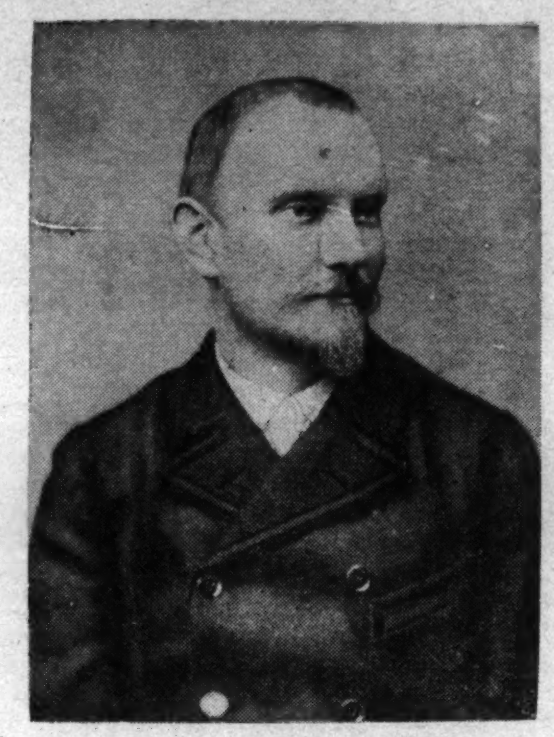
Jules Renard es uno de estos poetas. Todo su libro "La linterna sorda" (1) —cuya esmerada versión española produce estas líneas—está escrito con lupa. Y en él se producen los corolarios legítimos de toda feliz "microscopía". Eloy —uno de los personajes del libro—, en cierta reunión mundana, provisto de una lupa, de la misma lupa de Jules Renard, se acerca a saludar a la dueña de la casa, retiene largo rato aquella mano tan fina y hace constar galantemente esa finura, pero acaba por decir a la dama:

—Mírela usted misma.

Y, entonces, a través del cristal, "se ven unos surcos, unos granos parecidos a las piedras de la carretera, unas venas navegables, unos pelos olvidados como malas hierbas, manchas oscuras aquí, un punto que se mueve allí, un animalito sin duda; en fin, una serie de horrores por todos sitios".

Porque naturalmente, el peligro de la lupa es ver demasiado, y ver demasiado nunca fué ver mejor. (Argumento que prueba demasiado—decían los viejos filósofos—, nada prueba.) La aguda visión de Jules Renard alguna vez "se pasa de lista", pero la preferimos a esa fácil visión "en grandes masas" de contorno inabarcable. Faenas de lupa arguyen renovación del conocimiento, riqueza mental diariamente acrecentada, disciplina, penetración.

Esto es Jules Renard: un disciplinado investigador. Disciplinado y generoso. "Hay un conocimiento de la vida—dice Curtius en su libro acerca de Proust—que no sirve para fines prácticos y particulares; este conocimiento sólo tiene un medio de expresión: el arte, y el lenguaje del conocimiento artístico es de creación. Todo arte es conocimiento. Si se quisiera juntar en un cuerpo de doctrina



Jules Renard

las consideraciones de Proust sobre estética, se obtendría una teoría poética del arte. El arte no es para Proust ni la exaltación de la vida ni la representación de una naturaleza, expurgada o de una humanidad más noble..." Para él, como para Jules Renard y Walter Pater, el arte es "el conocimiento de lo concreto"; es investigar, hundirse en fenómenos, en trances vitales y hacer allí personales—y fértiles—autopsias. "Cierta sinceridad intelectual incansable es un rasgo fundamental del genio proustiano"—añade Curtius—. Es el mismo rasgo de Jules Renard. Como el autor de "A la sombra de las muchachas en flor", Jules Renard es un investigador de instantes perdidos, de momentos que nadie vió, excepto el autor, que todos podrán ya ver cuando el autor los exprese.

Tomemos por ejemplo las páginas tituladas "El soneto". En una reunión surge el versista, ese versista "local" a quien todos piden un soneto, que siempre alega insuficiencia de memoria, pobreza de inspiración, etc. El versista observa dolorosamente que, ante su resistencia protocolaria, dejan de pedirle el soneto... Hay allí gentes que cantan, recitan, bailan, tocan... La señora de la casa le recrimina por "no haberle prestado su concurso". (¡Y él que hubiera recitado diez sonetos!) Cuando van todos a salir, el versista—desesperadamente—da la señal de haber recordado un soneto, y, ya a punto de quedarse solo, lo recita. El trance es espantoso; Jules Renard lo describe así:

"Unos gabanes forman joroba en las espaldas. Un brazo no acierta con el hueco de una manga. Dos manos que iban a estrecharse, vuelven a caer. Un bastón se queda levantado en el aire. Se interrumpe la lectura de las iniciales de los sombreros. Aquella señora tiene un dedo metido, a modo de calzador, en uno de sus chanclos. Esa otra no acaba de abrocharse su abrigo y se sienta. Las muchachas dicen: "¡Mamá, oye esto!" Un señor, inclinado en el hueco de la escalera, levanta un cigarrillo hasta la llama del gas, manteniéndolo en alto. Y, finalmente, otro señor, con un pie en el aire aguza el oído y se descubre, cortésmente".

El libro rebosa de aciertos de expresión. ¿Quién supo nunca establecer jerarquías en los rayos? Jules Renard los clasifica, como a insectos. "¡Qué magnífica colección de rayos!"—dice—. Es el parpadeo de un negro, es el panadero que abre y cierra de repente la puerta del horno, es el arma blanca que raja al enemigo de arriba abajo. "Algunos, breves, chisporrotean apenas, como un mosquito que cae sobre la llama de una vela, y otros rayan el cielo entero, interminables y caprichosos, como firmas de grandes hombres". Véase también el fragmento "La lluvia"; sabremos cómo la aguantan los árboles. Cada página es cierta reconstrucción — con datos escrupulosamente recogidos—de vidas menudas, vegetales o animales. "Naturalista epigramático", le llamó René Lalou. No es mucho llamar. "Poeta de las vidas menudas", tampoco será bastante. "Investigador de instantes poéticos desconocidos", ya sería algo más. Los busca en terrenos ignorados, nos los ofrece con las pinzas de su ingenio inconfundible... Aunque definir a Jules Renard es tarea para emprenderla más despacio.

El, como sus libros, suscitará hoy la eterna y machacona pregunta. ¿Es novelista? ¿Son novelas, sus libros? ¿Poemas en prosa? ¿Ensayos líricos? ¡Infantil preocupación! "La linterna sorda" es cuanto puede ser una obra literaria, es un libro artístico. Lo afirmó André Gide. No es preciso que nadie lo recalque mucho; cualquier lector inteligente puede verlo.

Benjamín Jarnés

(1) Jules Renard: *La linterna sorda*. Traducción de Julio Gómez de la Serna. Ediciones ULISES. Madrid. 300 páginas. Ptas. 5.50.

INDICE

Imprenta LA TRIBUNA